Cursos de iniciación marxista

Bro 815 11

Dirigidos por
H. Duncker
A. Goldschmidt
K. A. Wittfogel

Curso: ECONOMIA POLITICA

Indice:

La teoría marxista del valor

Introducción.

Plan de trabajo:

I. Las contradicciones del régimen capitalista de producción.

II. La mercancía y su valor.

III. El valor como forma específica que el trabajo social reviste en la sociedad productora de mercancías.

IV. Las formas del valor. Dinero y precio.

V. El fetichismo de la mercancía.

Cuaderno: Un cuaderno cada mes. Precio: $ 0.60.

Editorial Antena
SANTIAGO
CHILE
1932

CURSOS DE INICIACION MARXISTA

La edición española de estos cursos está dirigida por W. Roces.

No ha habido ninguna época en la historia en que la masa obrera, consciente de sus intereses de clase, tuviese más apetencia de saber ni necesitase más de él que en esta época de profunda conmoción social. Los acontecimientos imponentes de nuestros días son otras tantas gigantescas luchas de clases, en las que se ventila no sólo la suerte inmediata de pueblos enteros, sino el destino de toda la humanidad. Las clases en lucha son el proletariado industrial moderno y la burguesía imperialista, que llega a la última fase de su desarrollo. Proletariado contra burguesía mundial: tal es la lucha planteada en el mundo entero.

Pues bien, estos acontecimientos gigantescos se desarrollan con estricta sujeción a determinadas leyes. Con arreglo a las leyes de la economía, de la política, de la lucha de clases. Todo obrero que en esta lucha planteada quiera ocupar su puesto al lado de su clase, siente la apremiante necesidad de conocer esas leyes.. Y quien, además de comprender la marcha de las cosas, desee estar pertrechado para poder hacer frente al gigantesco adversario necesita, además de buena voluntad, de decisión, de espíritu de sacrificio y de sentimiento de clase, tener la conciencia, el conocimiento de las causas y leyes sociales que rigen los fenómenos, y con esa conciencia, la convicción científica absoluta de que el triunfo de su clase está firmemente arraigado en las leyes que presiden la sociedad moderna.

Qué se proponen los "Cursos de iniciación marxista"

LOS CURSOS DE INICIACION MARXISTA pretenden llenar las necesidades de los que, deseando estudiar sistemáticamente el marxismo, no disponen de medios o facilidades para asistir a una escuela marxista o de comprar libros de alto precio. Todos los meses aparecerán dos cuadernos, y cada cuaderno formará una unidad de estudio, representando además un capítulo de marxismo integrante del curso general y expuesto con arreglo a un plan estricto de enseñanza. Estos cursos, reunidos, abarcarán en serie sistemática, las principales partes del marxismo: Economía política, Historia del movimiento obrero, Socialismo constructivo, tal como se edifica en la Unión Soviética, y Materialismo dialéctico, o sea, la ideología del proletariado moderno, la filosofía del marxismo.

A los cursos de Economía Política y de Historia del movimiento obrero, con cuya publicación comenzamos, seguirán en su día el del Socialismo constructivo y el del Materialismo histórico o dialéctico. Los cuatro cursos reunidos forman el acervo fundamental de la cultura marxista.

Para el estudio eficaz de estos cuadernos no se requiere ningún conocimiento teórico previo. Irán todos ellos redactados en un lenguaje sencillo, accesible a cualquier obrero, y acompañados de "preguntas de repaso", para que el propio lector, por sí solo o en grupo, pueda vigilarse a sí mismo y recapacitar sobre lo leído o estudiado.

(Sigue en la otra tapa)

Collectie M. Segall R. I.I.S.G.

2.o Curso **ECONOMIA POLITICA** Cuaderno 1

Introducción

En nuestro curso de Economía Política estudiaremos el régimen capitalista de producción, las leyes que rigen el desarrollo del capitalismo y las contradicciones y antagonismos internos que abriga este régimen, y que necesariamente conducirán a su ruina y a la instauración de un orden social nuevo, el comunismo, sin clases ni explotadores.

Todas las contradicciones del capitalismo se encierran ya, sustancialmente, como Marx ha demostrado, en la **forma mercancía,** en el **valor** de la mercancía.

"En la forma de valor de los productos viven ya en gérmen toda la forma capitalista de producción, la antítesis de capital y trabajo, el ejército industrial de reserva. la crisis," (Engels, "Anti-Dühring", pág. 336).

En la sociedad burguesa, todos los productos del trabajo revisten la forma de mercancías. No sólo las relaciones de los capitalistas entre sí, sino también las entabladas entre capitalistas y obreros, adoptan la forma exterior de relaciones de mercancías, toda vez que el obrero vende al capitalista como una mercancía su fuerza de trabajo, comprándole, como mercancía también, los víveres y artículos de que necesita para su subsistencia. He aquí por qué tenemos que comenzar el estudio del régimen capitalista de producción con el análisis de la mercancía y de las contradicciones a ella inherentes. Nuestro primer tema será, pues, **la teoría marxista del valor.**

Pero la producción de mercancías no es característica exclusiva del capitalismo. La producción artesana de la Edad Media era también producción de mercancías, aunque no presentase carácter capitalista. Lo que, por tanto, caracteriza al capitalismo, no es la producción de mercancías pura y simple, sino la producción **capitalista** de mercancías, o sea, la producción de mercancías basada en la explotación por el trabajo asalariado. Aquí, el productor inmediato que crea la mercancía no es ya propietario de los medios de producción (de las fábricas, las máquinas, el suelo, las materias primas, etc.), sino que se ve obligado a vender su fuerza de trabajo como una mercancía al dueño de aquéllos. De aquí que el

Int. Instituut Soc. Geschiedenis Amsterdam

producto que crea con su trabajo no le pertenezca a él, sino al propietario de los medios de producción, es decir, al capitalista que le explota. El obrero sólo obtiene una parte del valor por él producido; el resto, la plusvalía, se lo embolsa el capitalista. El estudio de **la explotación capitalista y de sus métodos** será objeto del tema segundo. (**Capital y plusvalía**).

Como en la sociedad capitalista las relaciones económicas de los individuos adoptan la forma de un intercambio de mercancías entre las personas libres e independientes a quienes éstas pertenecen, el obrero aparece también como dueño independiente y "libre" de su mercancía, la fuerza de trabajo. Más aún, parece a primera vista como si en el salario se le entregase el producto íntegro de su trabajo: el de la jornada de trabajo, si trabaja a jornal, o el de cada pieza, en el trabajo a destajo. El salario disfraza, por tanto, la explotación. Y a disfrazar y aumentar la explotación se encaminan asimismo las diferentes formas y sistemas del salario. Una vez estudiada la explotación capitalista y sus causas, nos detendremos, pues, a investigar las formas que tienden a encubrir esta explotación, y con ella la raíz de las relaciones de clase en el régimen capitalista. La investigación del **salario** y de sus formas y tendencias será, por tanto, objeto del tema tercero de nuestro curso.

La apropiación de la plusvalía por el capitalista no consiste precisamente en que cada capitalista se embolse el total de la plusvalía que obtiene de los obreros que trabajan en su industria. La plusvalía total se reparte entre toda la clase capitalista, con arreglo a determinadas leyes, independientes de la conciencia y la voluntad de los explotadores. La plusvalía presenta diversas formas: ganancia, rédito y renta. El estudio de las leyes que presiden esta **distribución de la plusvalía** será objeto del tema cuarto.

El antagonismo de clases es el más importante de cuantos encierra el régimen capitalista de producción. Íntima relación guarda con él, otro, el que se cifra en la **anarquía de la producción.** En la sociedad capitalista, la **producción** tiene carácter **social;** la propiedad, en cambio, es una propiedad **privada,** capitalista. Los elementos de la producción social aparecen engranados unos con otros por donde quiera que se les mire, y a la par desarticulados e inconexos. La producción social está atomizada, desgarrada en innumerables jirones de producción, unos más pequeños y otros más grandes y aparentemente independientes entre sí. Se producen valores de uso, objetos útiles, que tienen la propiedad de satisfacer necesidades sociales. Y sin embargo, las mercancías no se producen precisamente con ese fin, sino aspirando a una ganancia, con lo que el nivel de consumo (el "nivel de vida") de las masas proletarias se reduce a su más mínima expresión. De aquí las crisis de superproducción, que se repiten periódicamente y que ponen al desnudo en toda su hondura las contradicciones del capitalismo. Las crisis revelan de un modo bien manifiesto que el capitalismo encierra el mayor obstáculo que puede oponerse al desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad y demuestran que el pretendido "progreso" capitalista sólo logra imponerse a fuerza de destruir y aniquilar grandes masas de valores creados por el sudor y la sangre de la clase obrera y haciendo pasar hambre y miseria al proletariado. Con esto, la burguesía se demuestra incapaz para seguir gobernando las fuerzas sociales productivas. En el tema quinto investigaremos las causas, el carácter inevitable, las consecuencias sociales y la importancia de las **crisis,** así como la imposibilidad de impedirlas dentro de las leyes del capitalismo.

Las crisis se han venido repitiendo periódicamente desde comienzos del siglo XIX, sin que el capitalismo haya naufragado por completo en ninguna de ellas. Iba saliendo de una, para entrar en otra, hundiéndose en conmociones cada vez más hondas y más graves. Y aunque toda crisis revelase con una claridad cada vez mayor el alcance de las contradicciones capitalistas, tenía que mediar un proceso relativamente largo para que estas contradicciones se agudizasen de tal manera, que las condiciones de vida de las masas proletarias se hiciesen insoportables. Al llegar a la etapa del imperialismo, el capitalismo se convierte en un régimen agonizante, en descomposición, pasando a primer plano y poniéndose a la orden del día la revolución proletaria como única salida para poner término a la miseria y a la explotación de la clase obrera, llevada ahora a términos insostenibles. Sobre el análisis del **imperialismo** y de sus características como etapa final del capitalismo y tránsito a la revolución proletaria, versará el tema sexto de nuestro curso.

Bajo el imperialismo, y sobre todo después de la primera guerra imperialista, que ha "alumbrado" el primer Estado proletario en que se edifica el socialismo—la trinchera más formidable para el proletariado mundial en sus luchas por

derrocar revolucionariamente el capitalismo—, la burguesía, por medio de sus agentes en el seno de la clase obrera, los "socialistas", se desvive y hace los imposibles por desviar al proletariado del único camino que puede emanciparlo del yugo capitalista. Se formulan toda serie de "teorías" para demostrar la estabilidad del capitalismo y el período de florecimiento que aún le aguarda, para persuadirnos de que el tránsito del capitalismo al socialismo se operará gradual y pacíficamente; se nos habla del "capitalismo organizado", etc., etc. Más aún, los "socialistas", con su teoría y su práctica de la "democracia económica", pretenden emplear al proletariado en la empresa de salvar al capitalismo parasitario en descomposición, encadenando a la clase obrera y convirtiéndola en objeto paciente de una ilimitada y rapaz explotación capitalista. Sin desenmascarar y poner al desnudo esta gran estafa, el proletariado no triunfará nunca sobre el capitalismo. El tema final (tema séptimo) de nuestro curso se encaminará, pues, a hacer la **crítica de las teorías socialdemocráticas** del imperialismo y de la democracia económica.

NB. Al final de la obra, y a modo de índice, daremos un sumario detallado de los siete temas.

Plan de Trabajo

TEMA PRIMERO. LA TEORIA MARXISTA DEL VALOR.

I. **Las contradicciones del régimen capitalista de producción.**
1. Producción social y apropiación capitalista.—2. Antítesis de proletariado y burguesía.—3. Organización de la producción dentro de cada fábrica y anarquía de la producción en el seno de la sociedad.

II. **La mercancía y su valor.**
1. Utilidad y valor.—2. Doble carácter del trabajo representado por la mercancía.—3. El volumen del valor.

III. **El valor como forma específica que el trabajo social reviste en la sociedad productora de mercancías.** (El valor como categoría histórica transitoria).

IV. **Las formas del valor. Dinero y precio.**
1. Forma relativa de valor y forma equivalencial.—2. Evolución de la forma de valor.—3. Valor y precio. Cómo el valor regula la producción e intercambio de mercancías.

V. **El fetichismo de la mercancía.**
1. Relaciones materiales entre personas y relaciones sociales entre cosas.—2. La concepción burguesa del valor.—3. Cómo tergiversan los "socialistas" la teoría marxista del valor.

Tema primero: La teoría Marxista del valor

I. Las contradicciones del régimen capitalista de producción

¿Cuál es la característica esencial del capitalismo? Todo obrero lo sabe por experiencia propia: es la explotación del trabajo asalariado por el capital, en la que se revela el antagonismo de clases entre el proletariado y la burguesía. Lo que no todos los obreros saben es dónde radica este antagonismo, en qué condiciones económicas tiene su raíz.

1. Producción social y apropiación capitalista.

Es evidente que el antagonismo de clases de la sociedad capitalista tiene que radicar en su contradictorio régimen de producción. En la obra **Anti-Dühring,** de Federico Engels, sección tercera, capítulo II (*), se contiene una exposición clara y resumida del régimen capitalista de producción, de la que vamos a reproducir los pasajes más importantes:

"Antes de regir la producción capitalista, en la Edad Media, imperaba con carácter general la pequeña industria, basada en la propiedad privada del obrero sobre sus medios de producción: en el campo, la agricultura corría a cargo del pequeño campesino, libre o enfeudado; en la ciudad, la industria se desenvolvía por medio del trabajo manual de los artesanos. Los medios de trabajo—la tierra, los aperos de labranza, las herramientas, el taller—eran medios de trabajo individuales, destinados tan sólo al uso individual, y, por tanto, mezquinos, pobres, limitados. Pero esto mismo hacía que perteneciesen, por lo general, al propio productor. El papel histórico del régimen capitalista de producción y de su órgano, la burguesía, consistió precisamente en concentrar y desarrollar estos dispersos y angostos medios de producción, transformándolos en la potente palanca de producción de los tiempos actuales... Pero la burguesía no podía convertir aquellos mezquinos medios de producción en poderosas fuerzas productivas, sin convertirlos a la vez de medios idividuales de producción en medios **sociales,** sólo manejables por

(*) Engels incluye también este capítulo en su obra "Del socialismo como utopía al socialismo como ciencia", pgs. 35-41.

una **colectividad de hombres.** La rueca, el telar manual, el martillo del herrero, fueron sustituídos por la máquina de hilar, por el telar mecánico, por el martillo-pilón; el taller individual cedió el puesto a la fábrica, con su inevitable cooperación de cientos y miles de obreros. Y con los medios de producción, se transformó la producción misma, dejando de ser una serie de actos individuales para convertise en una serie de actos colectivos, y se transformaron los productos de productos individuales en productos sociales.

El hilo, las telas, los metales que ahora salían de la fábrica, eran producto colectivo de un gran número de obreros, por cuyas manos tenían que pasar sucesivamente para su elaboración. Ya nadie podía decir: esto lo he hecho **yo,** es el producto de **mi** trabajo.

Pero allí donde la producción tiene por forma cardinal un régimen de división social del trabajo creado paulatinamente, sin sujeción a plan alguno, por impulso elemental, imprime a los productos la forma de **mercancías,** cuyo intercambio, compra y venta, les permite satisfacer las varias necesidades. Y esto era lo que acontecía en la Edad Media. El labriego, por ejemplo, vendía al artesano los productos de la tierra, comprándole a cambio los elaborados en su taller. En esta sociedad de productores aislados, de productores de mercancías, vino a incrustarse más tarde el nuevo régimen de producción. En medio de aquella división elemental del trabajo, **sin plan** ni sistema, que imperaba en el seno de la sociedad, el nuevo régimen de producción implantó la división **sistemática y organizada** del trabajo, dentro de cada fábrica; al lado de la **producción individual** surgió la producción **social.**

. . .En la producción de mercancías, propia de la Edad Media, no podía en modo alguno plantearse el problema de a quien pertenecían o debían pertenecer los productos del trabajo. En efecto, el productor individual los creaba, generalmente con materias primas de su propiedad, producidas no pocas veces por él mismo, con sus propios medios de trabajo y con su propio trabajo manual ó el de su familia. No necesitaba, por tanto, apropiárselos, pues le pertenecían ya de suyo. La propiedad sobre los productos tenía, pues, por base el **trabajo personal.** Y aún en aquellos casos en que se empleaba la ayuda ajena, ésta era, por lo común, cosa accesoria, y encontraba frecuentemente, además del salario otra

compensación: el futuro aprendiz y oficial no trabajaba tanto por el salario y la comida, como por aprender, para llegar a ser maestro. Sobreviene la concentración de los medios de producción en grandes talleres y manufacturas, su transformación en medios de producción realmente sociales. No obstante, estos medios de producción sociales y estos productos colectivos fueron considerados como si siguiesen siendo lo que antes eran: medios de producción y productos individuales. Y si hasta aquí el propietario de los medios de trabajo se había apropiado los productos, porque eran generalmente productos suyos y la ayuda ajena una excepción, ahora el propietario de los medios de producción se seguía apropiando el producto sin que éste fuese ya un producto suyo propio, sino fruto exclusivo **del trabajo ajeno.** De este modo, los productos, creados ahora socialmente, pasaban a ser de propiedad, no de aquellos que habían puesto realmente en marcha los medios de producción y que eran los verdaderos creadores de los productos, sino del **capitalista.** Los medios de producción y la producción, convertidos en factores esencialmente sociales, se ven sujetos a una forma de apropiación que presume la producción privada individual, es decir, aquella en que cada cual es dueño de su propio producto, y, como tal, acude con él al mercado; el régimen de producción se ve sujeto a esta forma de apropiación, a pesar de que destruye el supuesto sobre que descansa. En esta contradicción, que imprime al nuevo régimen de producción su carácter capitalista, **se encierra ya en gérmen todo el conflicto de los tiempos actuales.** Y cuanto más se imponga e impere el nuevo régimen de producción en todos los campos fundamentales de la producción y en todos los países económicamente importantes, desplazando la producción individual, salvo vestigios sin importancia, **mayor es la evidencia con que se revela la incompatibilidad entre la producción social y la apropiación capitalista."**

2. Antítesis de proletariado y burguesía.

"Los primeros capitalistas se encontraron ya, como hemos dicho, con la forma del trabajo asalariado. Pero el trabajo asalariado como excepción, como ocupación secundaria, como mera ayuda, como punto de transición,

El campesino que salía a ganar un jornal durante algún tiempo, tenía sus dos fanegas de tierra propia, de las que, en caso extremo, podía vivir. Las ordenanzas gremiales velaban porque los oficiales a jornal de hoy se convirtiesen en los maestros de mañana. Pero, tan pronto como los medios de producción adoptaron forma social y se concentraron en manos de los capitalistas, cambiaron las cosas. Los medios de producción y los productos del pequeño productor individual fueron depreciándose cada vez más, hasta que a este pequeño productor no le quedó otro recurso que colocarse a ganar un jornal con el capitalista.. El trabajo asalariado, que antes era excepción y mera ayuda, se convirtió en regla y forma fundamental de toda la producción; y la que fuera ocupación accesoria se tornó en la actividad exclusiva del obrero. El asalariado temporal se convierte en jornalero de por vida. Además, la muchedumbre de estos jornaleros de por vida se ve gigantescamente engrosada por la ruina coetánea del orden feudal, por el licenciamiento de las huestes de los señores feudales, la expulsión de los campesinos de las tierras que cultivaban, etc. Quedaba perfectamente trazada la divisoria entre los medios de producción concentrados en manos de los capitalistas, de un lado, y de otro, los productores, que no poseían más que su propia fuerza de trabajo. **La contradicción entre la producción social y la apropiación capitalista reviste la forma de la antítesis de burguesía y proletariado".**

3. Organización de la producción dentro de cada fábrica y anarquía de la producción en el seno del sociedad.

"Hemos visto que el régimen capitalista de producción vino a incrustarse en una sociedad de productores de mercancías, de productores individuales, entre los cuales no hay más cohesión social que la establecida por el intercambio de sus productos. Pero toda sociedad basada en la producción de mercancías tiene la particularidad de que en ella los productores pierden el mando sobre sus propias relaciones sociales. Cada cual produce para sí, con los medios de producción casuales de que dispone, y para las necesidades de su intercambio individual. Nadie sabe qué cantidad de artículos de los suyos se lanza al mercado ni cuántos necesita éste; nadie

sabe si su producto individual responde a una necesidad efectiva ni si podrá cubrir gastos, ni siquiera vender lo producido. Impera la anarquía de la producción social.

. . . Pero, al extenderse la producción de mercancías, y, sobre todo, al aparecer el régimen capitalista de producción, las leyes de producción de mercancías, que hasta aquí apenas habían dado señales de vida, entran en funciones de una manera franca y potente. La anarquía de la producción social sale a luz y se agudiza más y más. Y da la coincidencia de que el instrumento principal que el régimen capitalista de producción emplea para exaltar esta anarquía en la producción social es precisamente lo inverso a la anarquía: es la creciente organización de la producción, con carácter social, dentro de cada establecimiento productor. Con este resorte pone fin a la vieja estabilidad pacífica. Allí donde se implanta en una rama industrial, no tolera a su lado ninguno de los viejos métodos de explotación. Donde se adueña de la industria manual, la destruye y aniquila. El solar del trabajo se convierte en un campo de batalla. Los grandes descubrimientos geográficos y las empresas de colonización que les siguen dilatan los mercados y aceleran el proceso de trasformación del taller en manufactura. Y la lucha no estalla solamente entre los productores locales individuales; las contiendas locales van cobrando volumen nacional, y surgen las guerras comerciales de los siglos XVII y XVIII. Hasta que por fin la gran industria y la implantación del mercado mundial dan carácter universal a la lucha, a la par que le imprimen una inaudita violencia. Lo mismo entre los capitalistas individuales que entre industrias y países enteros, la primacía de las condiciones naturales o artificiales de la producción decide la lucha a vida o muerte. El que sucumbe es arrollado sin piedad. Es la lucha darwinista por la existencia individual, trasplantada con redoblado empuje de la naturaleza a la sociedad. Las condiciones naturales de vida de la bestia se convierten en el punto de apogeo del progreso humano. La contradicción entre la producción social y la apropiación capitalista se refleja ahora en el **divorcio entre la organización de la producción dentro de cada fábrica y la anarquía de la producción en el seno de la sociedad".**

No sabríamos recomendar bastante el estudio detenido y atento de este resumen de la obra de Engels, que nos da la

clave para la inteligencia de todos los fenómenos económicos del capitalismo.

La producción artesana de mercancías de las ciudades medioevales se caracteriza ya, como toda producción de mercancías, cualquiera que ella sea, por **la desorganizada división social del trabajo.** En la producción de mercancías, los productos no se crean para el consumo propio, sino con carácter de mercancías, es decir, como productos destinados al intercambio, como valores de cambio. En realidad, pues, el productor individual de mercancías trabaja para otros, o, lo que es lo mismo, realiza un **trabajo social.** El zapatero puede producir botas porque el campesino produce pan y carne para él. Pero esta división del trabajo entre los diferentes productores aislados no es una división del trabajo sujeta a un plan. Cada productor de mercancías produce como potencia independiente, desligada de la masa de los demás productores y cuyos actos no están regidos por un plan social de división del trabajo establecido de antemano. A pesar de ello, en el régimen artesano medioeval no existe todavía contradicción entre la **producción social** y la **apropiación privada.** "Los medios de trabajo eran medios de trabajo individuales, destinados tan sólo al uso individual, y por tanto mezquinos, pobres, limitados. Pero esto mismo hacía que perteneciesen, por lo general, al propio productor" (Engels).

El capitalismo, al crear nuevos medios sociales de trabajo, que ya no podían ser manejados individualmente, sino por una masa de productores, que no se destinaban por tanto al uso individual, sino al uso social, destruye el supuesto de que partía la antigua forma privada de apropiación. Y no obstante, esta forma de apropiación subsiste. Pero, bajo el régimen capitalista de producción, no es ya una apropiación **privada** pura y simple, sino apropiación **privada** de productos de trabajo creados **socialmente.** Esta contradicción imprime al régimen moderno de producción su carácter **capitalista.** Es la profunda raíz económica de donde brotan los **antagonismos de clase** del capitalismo. Mientras el régimen de producción descanse en esta contradicción radical, seguirá siendo un régimen de producción capitalista. No importa que el apropiador capitalista privado deje de ser un individuo para convertirse en una suma de capitalistas asociados, fusionados, como ocurre en las sociedades anónimas, en los trusts

o en las empresas nacionalizadas o municipalizadas por el Estado y el Municipio burgueses, capitalistas.

Más adelante tendremos ocasión de examinar un poco detenidamente la doctrina "socialista" según la cual el capitalismo moderno señala ya la transición al socialismo, toda vez que el Estado (el Estado burgués capitalista) interviene en las relaciones privadas del mercado, a la par que las empresas privadas se fusionan para formar empresas colectivas, etc. Hay, por ejemplo, un autor socialista alemán que afirma que este "postcapitalismo" es ya el "alborear del socialismo". Para que el lector se dé cuenta de la gran importancia política que tienen los citados fragmentos de Engels, adelantaremos aquí algunas palabras acerca de esta cuestión del capitalismo moderno, con sus tendencias monopolizadoras.

En primer lugar, la **anarquía de la producción,** lejos de mitigarse al ser organizada la producción cada vez más intensamente sobre base capitalista, lo que hace es **acentuarse.** "El instrumento principal que el régimen capitalista de producción emplea para **exaltar** esta anarquía en la producción social es precisamente—dice Engels—**lo inverso a la anarquía:** es la creciente **organización** de la producción, con carácter social, dentro de cada establecimiento productor".

Se sigue de aquí que la formación de grandes empresas por medio de trusts, consorcios, etc., no contribuye más que a acentuar la anarquía de la producción social. Lo que hace la concentración es subrayar el carácter social de los medios de trabajo, agudizando con ello más todavía el contraste entre la organización de la producción dentro de cada fábrica grande y la anarquía de la producción en el seno de la sociedad. La crisis mundial de 1929 a 1932 es la prueba más palmaria de esto.

En segundo término, la contradicción fundamental del régimen capitalista de producción, la que media entre la producción social y la apropiación capitalista, consiste precisamente en que el producto del trabajo de una colectividad de productores, de la clase obrera, sea apropiado por los capitalistas, es decir, por **la clase que no produce.** El que la fábrica pertenezca a un individuo o a un grupo de capitalistas es indiferente. Lo importante es que los medios de producción empleados socialmente no arrojan **propiedad social,** La nacionalización por el Estado capitalista no suprime tampoco esta contradicción fundamental del régimen capitalista

de producción. Oigamos lo que dice Engels a este propósito, en el mismo capítulo de su citada obra:

"Pero últimamente, desde que Bismarck se lanzó sobre la nacionalización, ha surgido una especie de falso socialismo que degenera no pocas veces en solícito servidor, y que califica, sin más, de socialista **todo** acto de nacionalización aunque esta sea birmarckiana. Si la nacionalización del trabajo fuese empresa socialista, habría que incluir a Napoleón y a Metternich entre los fundadores del socialismo. Cuando el Estado belga, movido por razones políticas y financieras de orden cotidiano, procede a construir él mismo sus líneas férreas principales, lo mismo que cuando Bismarck, sin necesidad económica alguna, nacionaliza las líneas principales de Prusia, simplemente para poder adaptarlas y utilizarlas mejor en caso de guerra, para domesticar al personal de ferrocarriles como ganado elector gubernamental, y, sobre todo, para procurarse una nueva fuente de ingresos, independiente de los créditos parlamentarios, no dan paso socialista alguno, directo ni indirecto, consciente ni inconsciente. De otro modo, también habría que clasificar entre las instituciones socialistas a la Real compañía marítima, a la Real manufactura de porcelanas y hasta a los instructores de compañía de los cuarteles" (V. También Engels, "Del socialismo como utopía al socialismo como ciencia", pg. 46.)

A fines del siglo XIX, cuando Carlos Kautsky era todavía marxista, haciendo una crítica demoledora del revisionismo y de las modernas teorías "socialistas" sobre la **democracia económica** como transición pacífica del capitalismo al socialismo, se expresaba en los siguientes términos. (V. **Neue Zeit,** XVIII, Diciembre 1899, "Dos críticos de mi Cuestión agraria", pg. 296):

"Desde que David ha descubierto en los contratos colectivos de trabajo un fragmento de socialismo, no nos chocaría que en el momento menos pensado se levantase uno cualquiera de nuestros camaradas buscando socialismo por todos los rincones de esta sociedad, en cada alcantarilla y en cada urinario público. No sé si este método, indudablemente muy poco arriesgado y bastante cómodo, para convertir la sociedad capitalista en socialista, llegará a generalizarse; si fuese así, habría que pensar en que los socialdemócratas, para diferenciarse de esa casta de socialistas, vol-

viesen a llamarse comunistas, como los autores del **Manifiesto comunista** se llamaron".

Hoy, este cómodo método para transformar el capitalismo en socialismo se ha convertido en la teoría oficial de la socialdemocracia, y los que han seguido el consejo de Kautsky de antaño, apartándose de "esa casta de socialistas", en cuyps altares teóricos oficia actualmente el propio Kautsky, son los comunistas de hoy.

"La relación inmediata entre el propietario de las condiciones de producción y el productor inmediato es la que alberga en todo momento **el secreto íntimo,** la raíz recóndita de toda la construcción social y, por tanto, de la forma política que reviste la relación de soberanía y dependencia, o, lo que es lo mismo, de la forma específica de cada Estado". (Marx, Capital, III, 2 cap. 47, pg. 115).

El secreto íntimo, la raíz recóndita del capitalismo, está en que el productor inmediato, la clase obrera, el productor social, no es propietario de las condiciones sociales de producción. Por tanto, mientras los medios sociales de producción no pasen a ser real y verdaderamente de propiedad social, es decir, mientras no se conviertan **en propiedad colectiva del Estado proletario,** el capitalismo seguirá siendo capitalismo, y persistirá la contradicción que hoy media entre la producción social y la apropiación capitalista, contradicción que es la base misma del capitalismo.

Si hemos sabido comprender claramente esta contradicción, tenemos ya una base sólida para entrar en la investigación marxista de los fenómenos económicos del capitalismo.

Preguntas de repaso (*)

1. ¿En qué sentido el capitalismo convierte: a) los medios de producción en medios sociales, b) la producción social y c) los productos sociales?

(*) Para dar tiempo a que el lector las estudie por sí mismo, las contestaciones a estas preguntas se darán siempre en el cuaderno siguiente.

2. ¿En qué se distingue la apropiación de los productos por el propietario de los medios de producción, en la producción medioeval de mercancías, de la apropiación capitalista?

3. ¿Por qué a la vez que se transformaban los medios de producción y la producción individuales en medios de producción y en producción de carácter social, no se transformó también en propiedad social la propiedad privada?

4. ¿Cuál es la contradicción fundamental sobre que descansa el capitalismo?

II. La mercancía y su valor.

Comenzamos nuestra investigación del régimen capitalista de producción con el estudio de la mercancía por las razones siguientes:

En primer lugar, porque la mercancía es, por así decirlo, el nudo en que toman cuerpo y materialidad, en su más sencilla expresión, las contradicciones de la producción de mercancías.

"La riqueza de la sociedad en que reina el régimen capitalista de producción, se nos presenta como un "inmenso arsenal de mercancías" y la mercancía como su forma elemental. Por eso arranca del análisis de la mercancía nuestra investigación".

Con estas palabras comienza **El Capital** de Marx. La forma mercancía es la forma elemental de la riqueza capitalista, más aún la "célula económica" de la sociedad burguesa, como el propio Marx apunta en el prólogo al **Capital.** Mas el lector preguntará: ¿Por qué y en qué sentido?

Que la riqueza de la sociedad capitalista se nos aparece como un "inmenso arsenal de mercancías" es un hecho manifiesto que no necesita probarse. Pero ¿en qué sentido cabe decir que la mercancía es la célula económica de la sociedad burguesa?

En la sociedad capitalista, casi todos los productos del trabajo revisten la forma de mercancías. Las relaciones económicas de los miembros de la sociedad capitalista se desenvuelven mediante relaciones de mercancías. Los capitalistas compran y venden entre sí mercancías. El propio dinero no

es, en sustancia, como demostraremos en su lugar, más que una de tantas mercancías. Bajo forma de relación de mercancías se desenvuelve también la explotación capitalista: el obrero vende su fuerza de trabajo como una mercancía, produce plusvalía para el capitalista produciendo mercancías y compra como mercancías sus artículos de primera necesidad. Fijémonos, finalmente, en una de las manifestaciones más evidentes de las contradicciones del capitalismo: las crisis. Las crisis se producen por efecto de la superproducción, entendiendo por esto, naturalmente, bajo el régimen capitalista, una superproducción "relativa", consistente tan sólo en producir más de lo que el mercado de compradores solventes admite. Ahora bien, ¿qué es lo que se produce de más, en qué consiste el exceso de producción? En mercancías. La forma mercancía es, por tanto, la encrucijada en la que confluyen las más diversas relaciones económicas de la sociedad capitalista. Por eso se dice que la mercancía, como forma fundamental y simple de manifestarse las relaciones de la producción, es la célula económica de la sociedad burguesa.

En segundo lugar, la producción de mercancías es, como hemos visto ya la base histórica y el fundamento general del régimen capitalista de producción. Es perfectamente lógico que la producción de mercancías de la Edad Media engendrase la producción capitalista moderna. La experiencia histórica demuestra que allí donde la producción de mercancías se desarrolla relativamente, acaba siempre formándose **por fuerza,** más temprano o más tarde, un régimen capitalista de producción. Es, por tanto, imposible, como demostraremos cumplidamente en su lugar, abolir el régimen capitalista de producción sin abolir la producción de mercancías en general.

Tales son las razones que nos obligan a comenzar por el estudio de la mercancía.

1. Utilidad y valor. (*)

"La mercancía es, ante todo, un objeto material, una

(*) Los textos puestos entre comillas están tomados, si otra cosa no se advierte, del capítulo primero del **Capital.** La paginación se refiere a la edición alemana resumida (Kroner ed.). La indicación "ed. pop." dice referencia a la gran edición popular, editada por Kautsky (Dietz ed.).

cosa que por sus propiedades sirve para satisfacer necesidades humanas de cualquier género. La naturaleza de estas necesidades, el que broten por ejemplo del estómago o de la fantasía, es indiferente para estos efectos. Y tampoco importa saber cómo ese objeto satisface la necesidad humana, si es directamente, a la manera de los víveres, es decir, como objeto de disfrute, o indirectamente, como medio de producción". (pg. 15).

La utilidad de una cosa hace de ella un valor de uso. Pero esta utilidad no flota en el aire. Está condicionada por las propiedades del cuerpo que forma la mercancía, y no puede existir sin ellas. Es, por tanto, el propio cuerpo que forma la mercancía, el hierro, el trigo, el diamante, etc., el que constituye un **valor de uso** o un **bien.** Este carácter de la mercancía no depende de que la apropiación de sus propiedades de uso haya costado al hombre mucho trabajo o poco; los valores de uso forman el contenido material de la riqueza, cualquiera que sea su forma social". (Pg. 16).

Toda mercancía, para serlo, ha de ser, por tanto, un **objeto útil.** Pero no es esta propiedad la que hace de ella una mercancía. El producto sólo reviste forma de mercancía cuando no se produce para el uso propio, sino para cambiarla por otras, cobrando con ello carácter social.

"En la forma de sociedad que hemos de estudiar—prosigue Marx—, éstos (es decir, los valores de uso) aparecen al mismo tiempo como encarnación material del valor de cambio. El valor de cambio representa, en primer término, la relación cuantitativa, la proporción en que se cambian valores de uso de una clase por valores de uso de otra" (pg. 16).

El **valor de cambio** no consiste tan sólo en la propiedad que tienen las mercancías de cambiarse entre sí, sino en que se cambie precisamente una determinada cantidad de una mercancía por una **determinada** cantidad de otra u otras. Y así, surge necesariamente el problema de saber qué es lo que determina esta relación cuantitativa, o sea el valor de cambio.

"Una determinada mercancía, una fanega de trigo, supongamos, se cambia en las más diversas proporciones por otras mercancías, v. gr.: por 20 libras de betún, por dos varas de seda, por media onza de oro, etc.; sin embargo, el valor de cambio de la fanega de trigo es siempre el mismo, ya se exprese en betún, en seda o en oro. Necesariamente tiene que encerrar, pues, un contenido diferenciable de estas distintas modalidades de expresión" (pg. 16).

Es evidente que las mercancías entre las que se establece el cambio, no pueden tener la base de su igualdad en sus valores de uso, pues si se cambian unas por otras es precisamente por no representar valores de uso iguales, sino diferentes. ¿Dónde está, entonces, la nota común a todas las mercancías, aquella en que radica su igualdad como objetos de cambio?

"Ahora bien, si prescindimos del valor de uso de las mercancías, sólo queda en pie en ellas una propiedad, la de ser productos del trabajo. Sin embargo, el producto del trabajo se transforma ya en nuestra misma mano. Si nos abstraemos de su valor de uso, nos abstraemos también de los elementos y formas materiales que lo convierten en tal valor de uso. Habrá dejado de ser una mesa, una casa, hilo u otro objeto útil cualquiera. Todas sus propiedades sensibles se habrán esfumado. Con ello, habrá dejado también de ser el producto del trabajo de un carpintero o de un cantero o de un hilandero, o de cualquier otro trabajo productivo concreto. Con el carácter útil de los productos del trabajo desaparece el carácter útil de los trabajos que representan y desaparecen también, por tanto, las diversas formas concretas de estos trabajos, que ya no se seguirán distinguiendo entre sí, sino que aparecerán todos ellos reducidos al mismo trabajo humano, abstracto (*), trabajo humano pura y simplemente..." (Prescindiendo del valor de uso, los productos del trabajo son, por tanto, productos) de un trabajo humano indistinto, es decir, de la aplicación de la fuerza humana de trabajo, cualquiera que sea la forma en que se aplique. Estos objetos sólo nos dicen que en su producción se ha invertido fuerza humana de trabajo, se ha acumulado trabajo humano. Como cristalización de esta sustancia social común a todos ellos representan valores, va-

(*) "Trabajo abstracto" no quiere decir aquí trabajo intelectual, sino trabajo "abstraído", es decir, independiente de su forma externa y concreta.

lores-mercancías... La nota común que toma cuerpo en la relación de intercambio, o sea el valor de cambio de la mercancía, es, por tanto, su valor". (Pg. 17).

"Un objeto puede encerrar valor de uso sin tener valor. Tal acontece cuando la utilidad que rinde al hombre no proviene del trabajo. Es lo que ocurre con el aire, con el suelo virgen, con las praderas naturales, los bosques silvestres, etc. Cabe también que un objeto sea útil y producto del trabajo humano sin ser por ello mercancía. Quien con sus productos satisface sus propias necesidades, crea valores de uso, pero no mercancías. Pero ningún objeto puede, finalmente, ser valor sin representar un objeto de uso. Si es inútil, lo será también el trabajo empleado en él,no contará como trabajo ni constituirá, por tanto, ningún valor". (Pg. 20).

2. Doble carácter del trabajo representado por la mercancía.

"Al principio, la mercancía se nos ha revelado con una doble faz, como valor de uso y valor de cambio a la vez. Más tarde, nos encontramos con que tampoco el trabajo, en la medida en que aparece expresado en valor, posee las mismas características que presenta como creador de valores de uso. Yo he sido el primero en demostrar críticamente este doble carácter del trabajo contenido en la mercancía. Y como este punto es el eje en torno al cual gira la inteligencia de la economía política, conviene dejarlo bien aclarado aquí.

Tomemos dos mercancías, por ejemplo, una chaqueta y diez varas de lienzo. Supongamos que la primera tiene doble valor que la segunda, y así, si 10 varas de lienzo=v., 1 chaqueta=2 v.

La chaqueta es un valor de uso que satisface una necesidad especial. Para crearlo, hace falta una determinada clase de actividad productiva. Esta actividad hállase determinada por su fin, modo de operar, objeto, medio y resultado. El trabajo cuya utilidad toma cuerpo así en el valor de uso de su producto o en el hecho de que su producto sea un valor de uso, es lo que llamamos concisamente un trabajo útil. Desde este punto de vista, el trabajo se enfoca siempre con relación a su efecto provechoso.

Como la chaqueta y el lienzo son valores de uso cualitativamente distintos, lo son también los trabajos a que se debe su existencia: el trabajo del sastre y el del tejedor. Si estos objetos no fuesen valores de uso cualitativamente distintos y, por tanto, producto de trabajos útiles cualitativamente distintos también, no podrían enfrentarse el uno con el otro como mercancías. No es norma cambiar una chaqueta por otra chaqueta, un valor de uso por otro igual... (Página 21).

En el valor de uso de toda mercancía se encierra una determinada actividad productiva encaminada a un fin, un determinado trabajo útil. Los valores de uso no podrían enfrentarse como mercancías si en ellos no residiesen trabajos útiles cualitativamente distintos...

A la chaqueta le es indiferente, por lo demás, que la vista el sastre o el cliente. En uno y otro caso, surte sus efectos como valor de uso. La relación que media entre la chaqueta y el trabajo que la produce no se modifica tampoco de por sí, por el hecho de que el trabajo de sastrería se erija en profesión especial, en proceso independiente dentro de la división social del trabajo. El hombre se ha pasado miles de años cortándose su ropa antes que de él saliese el sastre. Pero la existencia de chaquetas y de lienzo, como de todo elemento de riqueza material que no es obra de la naturaleza, presupone y ha presupuesto siempre una actividad productiva especial encaminada a un fin que asimile determinadas materias naturales a determinadas necesidades humanas. Como creador de valores de uso, como trabajo útil, el trabajo es, por tanto, una condición de vida del hombre, independiente de todas las formas sociales, una necesidad natural eterna sin la cual no sería posible el proceso de asimilación entre el hombre y la naturaleza, ni, por tanto, la vida humana. (Pgs. 21 s.).

...Pasemos ahora de la mercancía considerada como objeto de uso a la mercancía-valor... Como valores, la chaqueta y el lienzo son objetos de la misma sustancia, expresiones subjetivas de un trabajo igual. Pero el trabajo del sastre y el del tejedor son trabajos cualitativamente distintos... Si prescindimos del carácter concreto de la actividad productiva y, por tanto, del carácter útil del trabajo, lo único que en ella queda en pie es el ser una aplicación de fuerza humana de trabajo. El cortar y el tejer, aunque actividades productivas cualitativamente distintas, representan am-

bas un desgaste de cerebro humano, de músculos, nervios, mano, etc., y en este sentido ambas son trabajo humano. Son dos formas distintas nada más de aplicación de fuerza humana de trabajo... El valor de la mercancía representa un trabajo humano puro y simple, aplicación de trabajo humano en general. (pgs. 23 s.).

...Y del mismo modo que para establecer los valores chaqueta y lienzo prescindíamos de la diferencia existente entre sus valores de uso, en los trabajos que encierran esos valores prescindimos de la diferencia de sus formas útiles, tejer y cortar... El cortar y el tejer son elementos constitutivos de los valores de uso chaqueta y lienzo, gracias precisamente a sus distintas cualidades. Mas para que puedan ser sustancia del valor chaqueta y del valor lienzo es necesario prescindir de su cualidad concreta y que ambos posean idéntica cualidad, la cualidad de ser trabajo humano..." (pg. 25).

Que el valor de la mercancía respondía al trabajo necesario para producirla, ya se había dicho mucho antes de Marx (lo habían dicho, por ejemplo, los economistas burgueses Adam Smith, 1776, y Ricardo, 1817). El mérito histórico de Marx está en haber descubierto el **doble carácter** del trabajo representado por la mercancía. El propio Marx se lo escribe a Engels, en carta de 24 de Agosto de 1867. (Correspondencia Marx-Engels, tomo III, pg. 410).

"Lo mejor de mi libro es, en primer término (en ello estriba **toda** la inteligencia de los hechos), el hacer resaltar ya en el primer capítulo el **doble carácter del trabajo,** según que se exprese en valor de uso o en valor de cambio".

Como expondremos en el cuaderno siguiente, es aquí donde reside también la clave para la inteligencia de la explotación capitalista, del salario, de las crisis, etc. Mas, por otra parte, para comprender el doble carácter del trabajo, es menester ponerlo en relación con la contradicción sobre que descansa la propia producción de mercancías. Sin ello, la teoría marxista del doble carácter del trabajo, se convierte en una fórmula rutinaria y sin vida. Pero, antes de poner en relación el doble carácter del trabajo productor de mercancías con la contradicción del régimen de producción mercantil, hemos de detenernos en otro problema que se deriva

de la teoría marxista del valor. Es el problema de cómo se determina el volumen del valor, de cómo se mide realmente el valor.

3. El volumen del valor.

"Un valor de uso o bien sólo tiene, por tanto, un valor, porque en él se materializa o toma cuerpo un trabajo humano abstracto. Pero ¿cómo medir el volumen de este valor? Por la cantidad de la "sustancia creadora de valor", de trabajo, que en él se encierra. A su vez, la cantidad de trabajo se mide por el tiempo de su duración, y el tiempo de duración del trabajo tiene, por su parte, el criterio de medida en las distintas fracciones de tiempo, horas, días etc.

Podría pensarse que si el valor de una mercancía responde a la cantidad de trabajo invertida durante su producción, la mercancía tendría tanto o más valor cuanto más indolente o más torpe fuese el hombre que la produce, ya que con ello invertiría tanto más tiempo en su elaboración. Pero esto no es cierto, pues el trabajo que forma la sustancia de los valores es un trabajo humano igual, la aplicación de la misma fuerza humana de trabajo. La fuerza global de trabajo de la sociedad, representada por los valores del mundo de las mercancías, se considera para estos efectos como una sola fuerza humana de trabajo, aunque se componga de innumerables fuerzas de trabajo individuales. Estas fuerzas individuales de trabajo son equivalentes entre sí como fuerzas de trabajo humano, siempre y cuando que presenten el carácter de una fuerza social de trabajo media, es decir, siempre que para producir una mercancía sólo necesiten el tiempo de trabajo necesario por término medio o tiempo de trabajo socialmente necesario. **Tiempo de trabajo socialmente necesario** es el que se necesita para crear un valor cualquiera de uso en las condiciones de producción normales que existen dentro de la sociedad y con el grado social medio de destreza e intensidad en el trabajo. En Inglaterra, por ejemplo, después de introducirse el telar de vapor, bastaba seguramente con la mitad de trabajo que antes se invertía para transformar en tejido una determinada cantidad de hebra. En realidad, el tejedor inglés seguía necesitando para este proceso el mismo tiempo de trabajo que antes, pero

ahora el producto de su hora individual de trabajo sólo representaba media hora de trabajo social, quedando, por tanto, reducida a la mitad de su antiguo valor.

El volumen de valor de uso sólo depende, por consiguiente, de la cantidad de trabajo socialmente necesario, o sea del tiempo socialmente necesario de trabajo que hace falta para su producción. Aquí, cada mercancía sólo interesa como ejemplar medio de su serie. Mercancías que encierran cantidades iguales de trabajo o que pueden ser producidas durante el mismo tiempo de trabajo, representan, por tanto, el mismo volumen de valor. El valor de una mercancía guarda con el valor de cualquiera otra la misma relación que el tiempo de trabajo que la producción de ésta reclama. Consideradas como valores, las mercancías no son todas ellas más que determinadas cantidades de tiempo de trabajo materializado.

Por tanto, el volumen de valor de una mercancía sería constante si lo fuese el tiempo de trabajo necesario para su producción. Pero éste cambia al cambiar la fuerza productiva del trabajo. La fuerza productiva del trabajo está determinada por una serie de circunstancias, entre otras por el grado medio de destreza del obrero, por el grado de progreso de las ciencias y de su aplicabilidad tecnológica, por la combinación ocial del proceso de producción, por la suma y radio de eficacia de los medios de producción y por las condiciones naturales. Así por ejemplo, la misma cantidad de trabajo puede arrojar, en condiciones propicias de cosecha, ocho fanegas de trigo, y si la cosecha es mala, cuatro nada más. La misma cantidad de trabajo rendirá más o menos mineral, según que la mina sea rica o pobre, etc. Los diamantes son muy raros en la corteza de la tierra, y su extracción cuesta, por tanto, por término medio, mucho tiempo de trabajo. De aquí que representen mucho trabajo y poco volumen. En yacimientos más ricos, la misma cantidad de trabajo arrojaría más diamantes, haciendo bajar su valor. Y si se consiguiese convertir carbón en diamante con poco trabajo, el valor de los diamantes descendería por debajo del de los ladrillos. Dicho en términos generales: cuanto mayor sea la fuerza productiva del trabajo, tanto menor será el tiempo de trabajo necesario para la producción de un artículo, tanto más pequeña la masa de trabajo cristalizada en él, tanto más reducido su valor.

Por el contrario, cuanto menor sea la productividad del trabajo, tanto mayor será el tiempo de trabajo necesario para la producción de un artículo, tanto más grande su valor. Como se ve, el volumen de valor de una mercancía cambia en razón directa a la cantidad y en razón inversa a la intensidad productiva del trabajo en él realizado". (Pgs. 18-20).

Por tanto, el valor de la mercancía no obedece al trabajo individual, sino al trabajo abstracto que en ella se encierra, es decir, al trabajo general humano socialmente necesario, en que el simple trabajo humano medio representa la unidad, mientras que el trabajo calificado y complejo puede concebirse, en cierto modo, como un trabajo intensivo, a manera de un trabajo simple multiplicado (*). El valor ha de medirse, en consecuencia, por el tiempo de trabajo.

¿Pero acontece así en la realidad? ¿Es que, realmente, los valores de las mercancías se miden por el tiempo? Todo el mundo sabe que no es así. Cuando se cambian dos mercancías o se vende una mercancía por dinero, nadie pregunta por el tiempo de trabajo invertido para su producción. Más aún, nadie sabe cuánto tiempo de trabajo encierra la mercancía que él mismo creó. El carpintero, por ejemplo, puede saber cuánto tiempo necesita para transformar la madera en una mesa, pero ignora el tiempo de trabajo **socialmente necesario** que eso reclama. Ignora, además, el tiempo de trabajo que encierran la madera, el serrucho y los demás medios de producción. Todo esto le tiene sin cuidado. Lo que le interesa, y mucho, es saber cuánto han **costado** el material y los instrumentos de trabajo, cuánto tiempo necesita **él** para trabajar el material, cuánto **dinero** obtendrá por la mesa, cuántas y cuáles **mercancías de otro género** podrá comprar por ese dinero, etc. Como vemos, el problema de la valoración directa no interesa para nada aquí.

El lector se preguntará, entonces: si es así, si el valor de la mercancía no se mide nunca, en la práctica, directamente, por el tiempo de trabajo; si, por tanto, al hacer el cambio,

---

(*) Si las grandes inversiones de trabajo, rezagadas en el tiempo, del productor calificado de mercancías (tiempo de estudios y de aprendizaje, etc.) no tomasen también cuerpo en el valor de las mercancías creadas, estas mercancías se retraerían de la producción, dejarían de producirse.

las personas interesadas no tienen en cuenta para nada, prácticamente, el tiempo de trabajo representado por la mercancía, ¿a qué viene la teoría marxista del valor afirmando que el valor de las mercancías se mide por el trabajo? Dejemos esto, se nos dirá, y busquemos otro factor determinante del valor.

Y sin embargo, la teoría marxista del valor, es la única teoría económica capaz de explicarnos científicamente el cambio y los demás fenómenos de la economía. No importa que los miembros de la sociedad productora de mercancías no tengan la menor noción de lo que el valor de la mercancía es; el trabajo es, pese a todo, el factor fundamental que preside el intercambio de mercancías. Lo que ocurre es que esto no se revela claramente, porque la división del trabajo en la sociedad no está organizada con arreglo a un plan, porque, como hemos dicho, el productor individual de mercancías no organiza su trabajo como un trabajo inmediatamente social, sino como un trabajo privado, "independiente", "propio", porque bajo el capitalismo los medios sociales de producción son propiedad privada y no propiedad social; es decir, porque la sociedad está desarticulada y las relaciones de trabajo entre los diferentes individuos de la sociedad no se establecen directamente, sino por medio de un rodeo, que es el cambio. Esto hace que las condiciones reales de la producción no se manifiesten de una manera clara, sino por medio de **rodeos** también, viéndose obligadas a revestir "manifestaciones" que expresan en forma "invertida" la sustancia del contenido que encierran.

Para que se vea claramente esto, trazaremos aquí un paralelo entre la sociedad productora de mercancías y otras formas de producción en que el producto del trabajo no reviste forma de mercancía.

Pero antes, recomendamos al lector que, recapitulando lo expuesto en el capítulo segundo, dé contestación a las siguientes preguntas, síntesis de lo que dejamos expuesto.

Preguntas de repaso.

1. ¿Qué es valor de uso?

2. ¿Depende el valor de uso de la forma en que se produce, del régimen de producción?

3. ¿Qué es valor de cambio? ¿Qué es valor?

4. ¿Por qué no es la utilidad, sino el valor, contenido del valor de cambio?

5. ¿Qué es trabajo concreto y qué trabajo abstracto?

6. ¿Son dos clases distintas de trabajo, o dos modalidades del mismo trabajo?

7. ¿Por qué el valor de las mercancías no se determina por el tiempo de trabajo individual, sino por el tiempo de trabajo socialmente necesario para su producción?

8. ¿Cómo influyen los cambios de la fuerza productiva del trabajo sobre el volumen del valor?

III. El valor como forma específica que el trabajo social reviste en la sociedad productora de mercancías.

(El valor como categoría histórica, transitoria:)

En el curso de nuestra exposición hemos tropezado con algo que, a primera vista, puede parecer enigmático: la afirmación de que el valor de las mercancías se determina por el trabajo, pero no se expresa en cantidades de trabajo, no se mide por el tiempo de trabajo.

Pero "todo el halo mítico que rodea al mundo de las mercancías, todo el encanto y la fantasmagoría que ciñen nebulosamente a los productos del trabajo dentro de la producción de mercancías, desaparecen tan pronto como nos situamos bajo otras formas de producción (pg. 55).

"Trasladémonos a los tiempos sombríos de la Edad Media europea. En vez del hombre libre, nos encontramos con que todo el mundo aquí vive sujeto a otro: siervos de la gleba y terratenientes, vasallos y señores feudales, laicos y clérigos. La sujeción personal caracteriza las relaciones sociales de la producción material, ni más ni menos que las esferas de vida erigidas sobre ellas. Pero precisamente porque

estas relaciones de sujeción personal forman la base social establecida, no necesitan los trabajos ni los productos revestir una forma fantástica divergente de su realidad. Se articulan como servicios y prestaciones naturales con el engranaje social. Es la forma natural del trabajo, su carácter específico (*), y no como en el régimen de producción de mercancías su carácter general lo que le da aquí forma social inmediata. Las prestaciones feudales se miden por el tiempo, ni más ni menos que el trabajo productor de mercancías, pero todo siervo de la gleba sabe que es una determinada cantidad de su fuerza personal de trabajo la que pone al servicio de su señor. El diezmo pagado al clérigo es harto más claro y patente que su bendición. Así, pues, cualquiera que sea el juicio que nos merezcan las máscaras de carácter con que los hombres se enfrentan aquí (**), **las relaciones sociales de las personas en su trabajo se nos aparecen desde luego como relaciones personales suyas, y no se disfrazan de relaciones sociales entre cosas, entre productos de trabajo.**

Para examinar el trabajo en común, es decir, directamente socializado, no necesitamos remontarnos a esa forma primitiva con que nos encontramos en los umbrales de la historia de todos los pueblos cultos. Un ejemplo más asequible nos lo brinda la industria campesina patriarcal (***) de esas familias de aldeanos que producen para el consumo propio trigo, ganado, hilo, lienzo, prendas de vestir, etc. Todos estos objetos son, **para la familia, otros tantos productos de su trabajo familiar,** pero **no guardan entre sí relación alguna de intercambio como mercancías.** Los diferentes trabajos creadores de estos productos, la labranza, la ganadería, el tejer y el hilar, el corte de los vestidos, etc., son por su forma natural funciones sociales, en cuanto funciones de la familia que posee su propia y primitiva división del trabajo, exactamente lo mismo que la producción de mercancías. Las diferencias de sexo y de edad y las condiciones naturales del trabajo, que varían con el cambio de las estaciones, regulan su distribución entre la familia y la jornada de trabajo de cada uno de sus miembros. Pero aquí, la inversión de fuerzas individuales de trabajo medida por el tiempo se nos parece ya de suyo como determinación social de los trabajos mismos, toda vez que las fuerzas individuales de trabajo no entran en juego de por sí más que como órgano de la fuerza colectiva de trabajo de la familia.

(*) Y también, por tanto, el valor de uso del producto creado por el trabajo "específico", concreto, útil. "Forma natural del trabajo" no es sino la forma externa en que el trabajo se manifiesta.
(**) El subrayado es nuestro.
(***) Es decir, primitiva.

Representémonos, finalmente, para variar, una asociación de hombres libres que trabajen con medios comunes de producción y, **conscientes de ello,** ejerciten sus muchas fuerzas individuales de trabajo **como una única gran fuerza de trabajo social.** La suma de productos de esta asociación constituye un producto colectivo. Una parte de este producto vuelve a servir de medio de producción, conservando su carácter social. Pero otra parte es consumida por los asociados para satisfacer sus necesidades. Es menester, pues, proceder a distribuirla entre ellos. El carácter de la distribución cambiará con el carácter específico del propio organismo social de producción y el grado histórico de desarrollo de los productores. Sólo como parangón con la producción de mercancías, supongamos que la parte de cada productor en los artículos de consumo venga determinada por la duración de su trabajo. El tiempo de trabajo tendría aquí, por tanto, una doble función. De una parte, su distribución social con arreglo a un plan preestablecido regula la proporción adecuada entre las distintas funciones del trabajo y las distintas necesidades. De otra parte, la duración del trabajo sirve, a la vez, de norma para medir la parte individual de cada productor en el trabajo colectivo, e indirectamente en la parte del producto común reservada al consumo individual. Aquí, **las relaciones sociales entre los hombres y sus trabajos y los productos de éstos ofrecen una gran sencillez y diafanidad, lo mismo en la producción que en la distribución".** (Pgs. 56 ss.).

En todas estas formas de producción que se acaban de exponer, en las que el producto del trabajo no reviste aún forma de mercancía, hay una nota **común,** característica y esencial. En ellas, las relaciones sociales son relaciones **directas, inmediatas,** entre hombres. En la sociedad medioeval del feudalismo, relaciones de sujeción personal directa, que se manifiestan de manera **franca** y sin disfraz. En la "aso-

ciación de hombres libres", en el socialismo, existe también sujeción, pero ésta presenta ya un carácter fundamentalmente distinto: no es la sujeción personal de un hombre a otro que impera sobre él, sino la mutua sujeción de todos los miembros solidariamente unidos, de la sociedad, que tienen la conciencia de ser miembros libres de una colectividad social, de un todo colectivo en que los intereses del individuo no pugnan (*) con los de la colectividad a que pertenece, sino que coinciden con ellos en un todo. Bajo el socialismo, el trabajo personal de cada individuo presenta, por tanto, desde el primer momento, carácter directamente social.

Por el contrario, en la producción de mercancías, el trabajo individual no asume carácter directamente social desde el primer momento, toda vez que la sociedad, aquí, aparece desperdigada en un tropel de productores independientes. Para que el carácter social del trabajo se revele y cobre expresión, los productores tienen que entablar relaciones sociales entre sí por medio del **intercambio** de sus mercancías. Pero éstas no son, evidentemente, relaciones directas entre el individuo y la colectividad, la sociedad como un todo, sino relaciones sociales entabladas con carácter individual entre los diversos miembros "independientes" de la sociedad. Y sobre todo—pues es lo más importante—en este régimen los hombres sólo entran en relaciones como miembros de la sociedad **indirectamente,** por medio de las relaciones entre sus mercancías, es decir, por medio del intercambio.

El verdadero contenido de la relación de cambio es la relación del trabajo. Pero, ¿puede, en estas condiciones, expresarse también en trabajo, es decir, en horas de trabajo, la cantidad de trabajo socialmente necesario contenido en una mercancía? En modo alguno. En un régimen en que las relaciones sociales se desenvuelven por medio de mercancías, por medio de objetos, el trabajo social tiene también por fuerza que expresarse en objetos, y el trabajo contenido en una mercancía no puede cobrar expresión en horas de trabajo, sino solamente en **otra mercancía.**

"Al decir—escribe Engels en su "Anti-Dühring"—que una mercancía tiene un determinado valor, digo: 1.º, que

(*) Como pugna en el capitalismo la codicia individual con los intereses de la sociedad.

es un producto socialmente útil; 2.º, que ha sido producida por un particular por cuenta propia; 3.º, que, a pesar de ser producto del trabajo privado es también, al propio tiempo, aunque sin saberlo ni quererlo, producto del trabajo social, y precisamente de una determinada cantidad de éste, fijada por vía social, por medio del intercambio; 4.º, expreso esta cantidad, no en trabajo mismo, en tantas y tantas horas de trabajo, sino **en otra mercancía.** Si, por tanto, digo que este reloj vale tanto como esta pieza de paño, y cada uno de los dos objetos vale 50 marcos, digo que en el reloj, en el paño y en el dinero se encierra la misma cantidad de trabajo social. Pongo, pues, de manifiesto que el tiempo de trabajo social representado por ellos ha sido medido y fijado socialmente. Pero no de un modo directo, absoluto, como suele medirse el tiempo de trabajo, por horas de trabajo, días, etc., sino de un modo relativo, mediante un rodeo, por medio del intercambio. Por eso yo no puedo tampoco expresar esta cantidad determinada de tiempo de trabajo en horas de trabajo, cuyo número ignoro, sino que tengo que hacerlo también de un modo relativo, dando un rodeo, en otra mercancía que represente la misma cantidad de tiempo de trabajo social. Y digo que el reloj vale tanto como la pieza de paño. (Pgs. 332 s.).

. . . Tan pronto como la sociedad se adueña de los medios de producción y los aplica a ésta, socializándolos directamente, el trabajo de cada individuo, por mucho que difiera su carácter específicamente útil, adquiere inmediata y directamente carácter social. Ahora, la cantidad de trabajo social encerrada en un producto no necesita ya determinarse dando un rodeo; la experiencia diaria demuestra directamente la cantidad que por término medio se necesita. La sociedad puede calcular perfectamente cuántas horas de trabajo se contienen en una máquina de vapor, en un hectólitro de trigo de la última cosecha o en cien metros cuadrados de paño de una determinada calidad. Ya no se le ocurrirá, por tanto, expresar mediante un tercer producto, valiéndose de un criterio relativo, fluctuante, imperfecto, que ántes era recurso forzado y no por su criterio natural, adecuado y absoluto: el tiempo, las cantidades de trabajo cristalizadas en los productos, que ahora conoce de un modo directo y absoluto. (Página 335).

. . . La sociedad, en estas condiciones, no prescribe tam-

poco a los productos ningún valor. No expresa un hecho tan simple como es el de que los cien metros cuadrados de paño han necesitado, supongamos, mil horas de trabajo para su producción, acudiendo al giro absurdo, y como de soslayo de decir que **valen** mil horas de trabajo. La sociedad, ahora, tiene necesariamente que saber qué cantidad de trabajo necesita cada objeto útil para su creación. Establecerá el plan de producción ateniéndose a los medios productivos, entre los que se cuentan muy especialmente las fuerzas de trabajo. La utilidad de los diferentes objetos de uso, ponderada entre sí y en relación con las cantidades de trabajo necesarios para producirlos determinará en definitiva el plan. Y la gente lo hará todo de un modo muy sencillo, sin que intervenga para nada el famosísimo "valor". (Pgs. 335 s.).

El valor no consiste, pues, pura y simplemente en el hecho de que para producir un valor de uso, un objeto útil, sea necesario invertir trabajo en él. Esto ha ocurrido siempre, y seguirá ocurriendo mientras la humanidad exista. El valor consiste, real y verdaderamente, en convertir el producto del trabajo en mercancía, en convertir **el trabajo socialmente necesario para la creación del producto en una propiedad de la misma mercancía,** es decir, en transformarlo en el valor **de la mercancía,** valor que no expresa este trabajo directamente, sino **en otra mercancía,** por medio de un rodeo. Esta forma de manifestarse el valor es lo que llamamos valor de cambio.

Véase, pues, qué íntima conexión guarda la teoría marxista del valor con el análisis de las contradicciones de la producción de mercancías. La contradicción radical sobre que descansa la producción de mercancías tiene necesariamente que conducir a eso, a que el trabajo social aparezca expresado en el valor de la mercancía. A su vez, el valor no puede comprenderse sin reducirlo a esta contradicción fundamental. El valor es, por tanto, una forma específica de las condiciones de producción articuladas en el intercambio de mercancías, forma peculiar de este régimen de producción, una categoría económica históricamente condicionada y llamada a desaparecer.

Preguntas de repaso.

1. ¿Por qué el trabajo, en la sociedad productora de mercancías, no tiene carácter directamente social?

2. ¿En qué sentido es el valor solamente un fenómeno histórico y pasajero?

IV. Las formas del valor. Dinero y precio.

1. Forma relativa de valor y forma equivalencial.

Hemos visto que el valor—el trabajo materializado en la mercancía—es, aunque en diferente proporción, la nota común a todas las mercancías, lo que en la relación de intercambio o valor de cambio de la mercancía cobra expresión. **El valor de cambio es, por tanto, la forma con que se manifiesta el valor.**

Estudiemos más de cerca esta forma. Como ya hemos visto, el valor no puede expresarse directamente por el volumen del trabajo. Pongamos como ejemplo la siguiente relación de intercambio: diez varas de lienzo se cambian por una chaqueta; o sea, 10 varas de lienzo=1 chaqueta.

Aquí, el valor de las diez varas de lienzo se expresa en razón o relación a la chaqueta. El lienzo presenta aquí—como dice Marx— la **forma relativa de valor,** o lo que es lo mismo, su valor se expresa relativamente, en relación a otra mercancía. Pero ¿sabemos el volumen de valor de esta otra mercancía, de la chaqueta? No. La mercancía material chaqueta, su valor de uso, aparece aquí expresando el valor del lienzo. Y no puede ser de otro modo, ya que las relaciones entre los hombres asumen, como hemos visto, la forma de relaciones entre objetos, considerados aquí como valores de uso. En esta su función de expresión de valor del lienzo, la chaqueta desempeña el papel de equivalencia o espejo de valor. Reviste **forma equivalencial.** No expresa su valor propio, sino el del lienzo. El valor de la chaqueta no puede expresarse por la chaqueta misma. El intercambio de una chaqueta por otra igual, sería absurdo. Si, invirtiendo los términos de la razón de cambio, 10 varas de lienzo=1 chaqueta, queremos expresar el valor de ésta, sólo podremos hacerlo por **su** valor de cambio, o sea por diez varas de lienzo. Pero, a partir del momento en que lo hagamos, la chaqueta dejará de ser un equivalente, y el suyo, o sea su expresión de valor, lo serán ahora las diez varas de lienzo. Si lo que se expresa es el valor de la chaqueta misma, ésta asumirá

ahora la forma relativa de valor, ya que su valor se expresará de un modo relativo, en relación o proporción al lienzo.

Por tanto. la mercancía cuyo valor se expresa por el valor de uso de otra mercancía asume forma relativa de valor; aquella que expresa por su valor de uso el valor de otra mercancía presenta forma equivalencial.

2. Evolución de la forma del valor.

Bajo el capitalismo, el intercambio de mercancías no se realiza directamente. Las mercancías se venden y se compran, y su valor, el de todas ellas, aparece expresado en **dinero.** Pero el dinero no es algo que se le imponga desde fuera y artificialmente al intercambio de mercancías, sino que se desarrolla necesariamente por efecto del propio intercambio.

En la historia de las relaciones sociales humanas, la primera fase del intercambio de mercancías está representada por el trueque casual de valores de uso, que no se producen como tales mercancías, sino que se cambian por otras al azar y como sobrantes. Esta fase de la historia económica corresponde a la **forma simple, individual o fortuita de valor,** que analizábamos en la parte primera de este capítulo (10 varas de lienzo=1 chaqueta).

En la forma simple o fortuita de valor, la mercancía que asume la forma relativa de valor sólo tiene **un equivalente único y casual.**

Al progresar la historia, los sobrantes dejan de ser casuales y se produce ya deliberadamente para el intercambio. Ahora, cada mercancía que desciende al mercado no se cambia ya al azar por otra, sino que puede cambiarse por toda una serie de diferentes mercancías. La mercancía ha dejado, por tanto, de tener un equivalente fortuito, para adquirir varios o muchos. Este grado de evolución corresponde a la llamada **forma compleja o total de valor.**

En la forma compleja de valor, una mercancía puede encontrar su expresión de valor no sólo en una, sino en otras muchas mercancías. El que el hierro, por ejemplo, exprese su valor en trigo, paño, pieles, ganado, etc.—es decir, el que para el valor de la mercancía sea indiferente en qué

otra mercancía se le exprese—, subraya el hecho de que el valor es algo fundamentalmente distinto a la utilidad, de que el trabajo materializado en el valor no tiene nada que ver con el trabajo creador de valores de uso. Aparece claramente puesto de relieve aquí el carácter general humano, abstracto, del trabajo en oposición a su forma privada, concreta y útil. Bajo esta forma, cobra expresión también compleja el deslinde entre la utilidad y el valor y, por consiguiente, la forma misma del valor. De aquí el nombre de "forma compleja de valor" que Marx le da.

El intercambio, al seguir progresando, y con él la división social del trabajo, impulsan también hacia delante el desarrollo de la forma del valor. Hasta que llega un momento en que el intercambio, al alcanzar un cierto grado en su evolución, no puede seguir avanzando por falta de un medio general para las transacciones.

Pongamos el siguiente ejemplo: un carpintero ha hecho una mesa y desea cambiarla por un par de zapatos, pues tiene necesidad de ellos. Y en efecto, encuentra en el mercado a un zapatero que ofrece los zapatos que él busca, pero que no quiere cambiarlos por una mesa, pues ya la tiene, sino por un traje, que es lo que a él le hace falta. Como se comprende, en estas condiciones no hay transacción posible. Y si la cosa se repite muchas veces, el carpintero acabará buscando el modo de hacerse él mismo las botas que necesita. De este modo, la división del trabajo, lejos de progresar, perderá terreno, atentando con ello a la capacidad de la sociedad para el desarrollo de sus fuerzas productivas.

Pero si en el mercado existe una mercancía que, por las razones que sean, se cambie con mucha frecuencia, cuya demanda esté por tanto asegurada, facilitará y acelerará considerablemente las transacciones. Esta mercancía empezará a servir de medio general de cambio. El carpintero cambiará su mesa por ella, para luego ofrecérsela al zapatero, que la aceptará de buen grado, dándola, a su vez, a cambio por el traje. Fácilmente se comprende que este medio de cambio es el que, a partir de ahora, desempeña la función del **dinero.**

Sería radicalmente falso—e inconciliable con los hechos históricos—creer que los productores de mercancías crean este medio general de cambio conscientemente, por una especie de contrato social o que el Estado lo lanza al mercado,

imprimiéndole crédito. No; la formación de este medio general de cambio se ha ido desarrollando por un proceso natural. Empezó siendo una mercancía que encerraba necesariamente, como cualquier otra, utilidad y valor, distinguiéndose sólo por la gran frecuencia de sus transacciones.

Esta evolución conduce, a la par, a la modificación de la forma del valor. En la forma compleja del valor, toda mercancía tiene varios o muchos equivalentes. Esto, en comparación con la forma casual de valor que la había precedido, significa una ventaja, pero significa también un inconveniente en relación con las necesidades del intercambio de mercancías, cada vez más desarrollado, ya que la masa global de mercancías no contaba aún con ningún equivalente **general,** ni por tanto, con ninguna expresión o forma general de valor. Al destacarse **una** mercancía como medio general de cambio, se forma simultáneamente un equivalente general, se destaca una mercancía que expresa y refleja el valor de todas las demás. Ahora, la forma total o compleja de valor se convierte en forma relativa de valor y sólo una presenta forma equivalencial, forma de equivalente general. El valor de las más diversas mercancías se compara y mide ya por medio de una tercera, de un tercer término de comparación, que es el equivalente general.

Al principio, esta función de equivalente general corre, con carácter transitorio, a cargo de diferentes mercancías, según las circunstancias concretas de tiempo y lugar.

"(La forma de equivalencia general) corresponde sucesiva y pasajeramente a ésta o aquélla mercancía. Pero, al progresar el intercambio de mercancías, se adhiere exclusivamente a determinadas clases de mercancías o cristaliza en la forma dinero. En un principio, es el azar el que determina la clase de mercancías elegidas. Hay, sin embargo, dos circunstancias que son las que, en general, deciden. **La forma dinero se imprime, bien a los productos más importantes de intercambio de fuera, que no son, en realidad, más que formas naturales de manifestarse el valor de cambio de los productos de dentro, o bien a aquel objeto de uso que forma el elemento principal de la propiedad interior enajenable, por ejemplo, el ganado.** En la misma proporción en que el intercambio de mercancías rompe sus ataduras locales y el valor de la mercancía se desarrolla como materialización del trabajo humano en general, la forma dinero se traslada a mercancías aptas por su naturaleza para la función social de equivalente general: a los metales preciosos." (Pág. 64).

Al desarrollarse la forma dinero, concretándose el equivalente general, con carácter definitivo y exclusivo, en **una sola** mercancía — los metales preciosos, — se generaliza y consolida definitivamente la separación del valor y la utilidad. Ahora, todas las mercancías expresan sus valores exclusivamente en oro, tan pronto como este metal se erige en equivalente general o, lo que es lo mismo, en dinero.

Sabemos ya que el valor de cambio es la forma en que se manifiesta el valor. Tan pronto como el oro se erige en equivalente general y la forma general de valor se convierte en la forma dinero, el oro pasa a ser el valor de cambio de todas las mercancías. Pero este valor de cambio ya no se llama valor de cambio, sino precio (una determinada cantidad de oro). El **precio** es, por tanto, el valor de cambio oro de las mercancías o, lo que tanto vale, el **valor de la mercancía expresado en dinero.** Para quien haya comprendido el proceso de formación del dinero, arrancando de la forma simple de valor, el precio no encierra, pues, como se ve, nada de misterioso. (*).

3. Valor y precio. Cómo el valor regula la producción e intercambio de mercancías.

Los economistas **burgueses** que, por serlo, son incapaces de abandonar el punto de vista de clase de la burguesía, no pueden penetrar en el sentido de la teoría del valor formulada por Marx. Pretenden refutar esta teoría alegando que las mercancías no se venden casi nunca por su valor. Nada más necio que achacar a Marx la afirmación de que las mercancías se venden siempre por lo que valen. Es un método muy socorrido ese de "refutar" el marxismo refutando una concepción "marxista", construída a gusto y antojo del refutador. Este método de los economistas burgueses es el que siguen también los teóricos reformistas, que "refutan" la teo-

(*) En esta exposición elemental no podemos entrar todavía en las funciones especiales del dinero, ni, por tanto, en el dinero papel y el dinero crédito. Trataremos de ellas más adelante.

ría marxista del valor, para cimentar teóricamente sobre esa "refutación" el edificio de la "democracia económica".

Cuando decimos que la nota común que sirve de base a la relación de intercambio es el valor—el tiempo de trabajo necesario para la producción de las mercancías,—no afirmamos que éstas se vendan o cambien siempre por su valor.

El valor es el contenido único, la esencia íntima, la "sustancia" del valor de cambio y del precio. Para convencerse de esto, basta fijarse en que, cuando la intensidad productiva del trabajo aumenta y, por tanto, para producir una mercancía hace falta menos tiempo, el precio disminuye. Cierto es que bajo el capitalismo no siempre ocurre así, porque los monopolios capitalistas se encargan no pocas veces de mantener los precios elevados aun cuando la productividad del trabajo aumente, disminuyendo en proporción el valor de las mercancías. Pero, a la larga, esta maniobra es insostenible. Y, no pocas veces, acontece que la industria vende sus mercancías en el extranjero a precios más bajos que dentro del país (es el llamado **dumping** o exportación de malbarato).

El precio de las mercancías varía también al variar el valor del oro: si éste baja, el valor de las mercancías necesariamente tiene que expresarse en una cantidad de oro proporcionalmente mayor, y los precios de las mercancías suben; bajando, en cambio, si el valor del oro aumenta. Pero puede también darse el caso de que los cambios de valor no determinen cambio alguno en los precios. Si, por ejemplo, el tiempo de trabajo socialmente necesario para producir la mercancía y la cantidad de oro varía en ambos casos en la misma proporción, el precio de la mercancía permanece inalterable. Si los dos platillos de la balanza experimentan el mismo cambio de peso, es evidente que la balanza no oscilará.

El valor es la forma de manifestación del trabajo social, característica de la sociedad productora de mercancías. Y por la misma contradicción fundamental en que se basa este régimen de producción, puede darse la posibilidad de que en determinadas circunstancias los precios no coincidan con los valores de las mercancías que le sirven de base.

"El hecho de que el valor sea la expresión del trabajo social contenido en los productos privados, entraña la posibilidad de que medie una diferencia entre éste y el trabajo privado, contenido en el mismo producto. Si, por tanto, un

productor privado sigue produciendo por los métodos antiguos, manteniéndose al margen del progreso y el régimen social de la producción, no tardará en experimentar sensiblemente los efectos de este apartamiento. Y lo mismo ocurre cuando la totalidad de productores privados de un determinado género de mercancías producen una masa que excede de las necesidades sociales. **El hecho de que el valor de una mercancía sólo pueda expresarse por otra y realizarse cambiándola por ésta, envuelve ya la posibilidad de que el intercambio no se realice o no arroje el verdadero valor.**" (Engels, "Anti-Dühring, pág. 336, subrayado por nosotros).

Si de una mercancía, zapatos, pongamos por ejemplo, se produce más de la cuenta—es decir, en mayor cantidad de la que apetece la demanda,—su precio disminuirá por debajo de su valor. Esto quiere decir que el zapatero no podrá ya realizar en el precio el valor íntegro de su mercancía. A fuerza de arruinarse muchos zapateros, en la sociedad acabarán produciéndose menos zapatos de los "socialmente necesarios", y entonces los precios volverán a subir y se nivelarán con el valor. Otras veces, es la competencia la que obliga a los productores a perfeccionar sus medios de producción, haciendo disminuir con ello el valor de la mercancía.

En el caso inverso, es decir, si una mercancía cualquiera, sigamos tomando como ejemplo los zapatos, tiene más demanda que oferta, los precios subirán hasta exceder del valor, y los zapateros obtendrán por su trabajo más trabajo "cuajado", más valores en forma de dinero que el trabajo socialmente necesario que en su mercancía se contiene. Pero esto hará que se extienda la producción de zapatos hasta que la oferta exceda a la demanda, con lo cual los precios volverán a bajar.

Vemos, pues, que las fluctuaciones de la oferta y la demanda hacer fluctuar también los precios de las mercancías en torno a su valor. Pero estas fluctuaciones, este movimiento de precios, depende siempre del valor mismo, en el sentido de que los precios no pueden bajar indefinidamente. Si los precios disminuyen por efecto de la superproducción, es una prueba evidente de que en la rama de producción de que se trata se invierte demasiado trabajo social, es decir, una cantidad de trabajo que no es socialmente necesaria. La competencia, con su séquito de productores arruinados, almacenes

de mercancías depreciadas, etc., hace que se restrinja la producción y que disminuya el trabajo social invertido en la rama de producción de que se trata. Efecto contrario produce el alza de precios (*).

Lo que, por tanto, determina las oscilaciones de los precios, son los desplazamientos operados en la división social del trabajo, es el hecho de que el trabajo social no se distribuya organizadamente entre las diferentes ramas de la producción. En una se invierte y materializa en mercancías una cantidad excesiva de trabajo social, mientras que en otras existe un déficit. Estas desproporciones que constantemente se están rectificando para volver a producirse constantemente, determinan el incesante cambio en los precios, su interminable fluctuación en torno al valor de las mercancías; pero de suyo, el precio no es otra cosa que la forma del **valor.** Lo que las divergencias entre el precio de las mercancías y su volumen de valor hacen es definir la desproporción establecida ya en la distribución del trabajo social, reclamando su rectificación, para volver a producirse nuevamente al cabo de algún tiempo. El mecanismo de los movimientos de precios permite al valor regular la producción e intercambio de mercancías.

Por tanto, el hecho de que el precio y el valor no siempre coincidan, lejos de refutar la teoría marxista del valor, lo que hace es confirmarla, ya que la sustancia de esta teoría está precisamente en explicar el valor y su forma, el precio, por las contradicciones de la producción de mercancías. En las oscilaciones de los precios, el valor sólo logra imponerse **por término medio,** porque en la anarquía del régimen de mercancías la distribución social del trabajo no está sujeta a ningún plan, y esto hace que el precio y el valor sólo coincidan alguna que otra vez por casualidad y fugazmente. Pero esta "imperfección" no debe achacarse a la teoría marxista del valor precisamente, sino a la sociedad burguesa, al régimen capitalista de producción. La imperfección estriba en la anarquía del **proceso social de la producción,** en el que cada paso dado hacia adelante para el desarrollo de las fuerzas sociales productivas lleva aparejadas grandes pérdidas, que no provienen precisamente de causas técnicas, sino de la con-

(*) De las crisis generales de superproducción trataremos extensamente en los cuadernos 8 y 9.

tradicción, que es raíz del régimen capitalista. La distribución del trabajo entre las diferentes ramas de la producción, no obedece a un plan orgánico y preestablecido, sino que tiene que abrirse paso a fuerza de experiencias y de un modo fortuito y elemental. En vez de gobernar los productos de su trabajo, los hombres se ven gobernados por ellos.

En una carta escrita a su amigo Kugelmann,, que lleva fecha de 11 de Julio de 1868 (v. Marx, Cartas a Kugelmann, ed. alemana, pág. 53 ss.), Marx vuelve a referirse a su teoría del valor. En su introducción a la edición rusa de las Cartas a Kugelmann, dice Lenin, comentando estas manifestaciones:

"Sería de desear que cuantos ahondan en el estudio de Marx y comienzan la lectura del **Capital,** leyesen a la par que estudian el primero y el más difícil de los capítulos de esta obra y no una vez, sino muchas, la carta a que aludimos.

El importantísimo pasaje dice así:

"Las chácharas acerca de la necesidad de demostrar el concepto del valor, sólo descansan sobre la total ignorancia no sólo del asunto de que se trata, sino de los métodos de la ciencia. Cualquier niño sabe que una nación que dejase de trabajar, no digo ya durante un año, sino durante unas cuantas semanas, estiraría la pata. Y sabe también que las masas de productos correspondientes a las diferentes necesidades reclaman masas diferentes y cuantitativamente determinadas del trabajo total de la sociedad. Que esta necesidad de distribución del trabajo social en determinadas proporciones no puede ser abolida, sino solamente cambiar de **modo de manifestarse** con una **determinada forma** de la producción social, es self evident (*). Ninguna ley natural es susceptible de abolición. Lo único que puede cambiar, bajo condiciones históricamente distintas, es la **forma** en que esas leyes actúan. Y la forma en que actúa esta distribución proporcional del trabajo, en un régimen de sociedad en que el engranaje del trabajo social se establece por medio del **intercambio privado** de los productos individuales del trabajo, es precisamente el **valor de cambio** de estos productos.

La ciencia consiste precisamente en descubrir el modo cómo actúa la ley del valor. Si, por tanto, pretendiéramos "explicar" de antemano todos los fenómenos que aparente-

(*) Evidente por sí mismo.

mente contradicen a esa ley, tendríamos que **anteponer** la ciencia a la ciencia...

...El economista vulgar no tiene la menor noción de que las transacciones efectivas que se producen todos los días y los volúmenes de valor no pueden ser directamente idénticos. La gracia de la sociedad burguesa está precisamente en que no permite establecer a priori una reglamentación social consciente de la producción. Las leyes racionales y naturales tienen que abrirse paso en forma de un ciego promedio. Y viene el vulgar y cree hacer un gran descubrimiento aferrándose, frente al descubrimiento de la íntima trabazón, al hecho de que en la vida las cosas se presentan de otro modo. En realidad, lo que hace es aferrarse, muy seguro de sí, a las apariencias, tomándolas por cosa definitiva. ¿Para qué, entonces, la ciencia?"

Preguntas de repaso.

1. ¿Qué es forma relativa de valor y qué forma equivalencial?
2. ¿En qué está la característica de la forma equivalencial y qué es lo que la condiciona?
3. ¿Cuáles son las fases evolutivas de la forma del valor?
4. ¿Qué es dinero? ¿Qué es precio?
5. ¿Cómo regula el valor la producción de mercancías?

V. El fetichismo de la mercancía.

1. Relaciones materiales entre personas y relaciones sociales entre cosas.

Como la forma del valor no expresa el trabajo social contenido en la mercancía directamente, sino por el valor de uso de otra mercancía (su equivalente), parece, a primera vista, como si el valor—la relación social—fuese una propiedad material de la misma mercancía. Esta falsa idea no proviene precisamente de la falta de capacidad intelectiva del productor, sino que es un resultado necesario de la producción de mercancías en general, y en el régimen capitalista de producción no sólo resultado, sino también, en cierto modo, supuesto previo. Este modo de concebir descansa en el hecho de que en la producción de mercancías las relaciones sociales se desenvuelven por medio del intercambio de mercancías; es decir, de cosas, de objetos. El verdadero contenido de las condiciones de producción aparece en forma "invertida".

Lo que vemos, fijándonos tan sólo en la superficie de la vida económica, presenta un cáriz muy distinto a lo que constituye el contenido real, la verdadera trabazón interna de la sociedad. Las condiciones reales de la producción se nos presentan disfrazadas bajo la forma con que al exterior se manifiestan. Este estado de cosas, en que las relaciones humanas aparecen materializadas y, por tanto, disfrazadas y las falsas nociones que de él se derivan, moviendo a pensar que las cosas poseen por sí mismas propiedades sociales, es lo que Marx califica de **fetichismo** (*) **de la mercancía.** Oigamos lo que Marx dice a este propósito (**Capital,** t. I, cap. I):

"Todo lo que hay de misterioso en la forma mercancía está sencillamente en reflejar ante el hombre los caracteres sociales de su propio trabajo como caracteres materiales de los propios productos del trabajo, como propiedades sociales que la naturaleza hubiese asignado a esos objetos y, por tanto, la relación social de los productores con el trabajo colectivo como una relación social entre objetos que existiese al margen de aquéllos. (Pgs. 50 s.).

La forma mercancía y la relación mercancía de los productos del trabajo en que toma cuerpo no tiene absolutamente nada que ver con su naturaleza física ni con las relaciones materiales derivadas de ésta. No es más que una determinada relación social de los mismos hombres, que adopta así ante ellos la forma fantasmagórica de una relación entre objetos. Para encontrar una analogía, tenemos que remontarnos a la región nebulosa del mundo religioso, donde los productos de la mente humana aparecen como seres independientes dotados de vida propia que mantienen relaciones entre sí y con los hombres. Tal acontece en el mundo de las mercancías con los productos de la mano del hombre. A esto es a lo que yo llamo el fetichismo que nimba los productos del trabajo tan pronto como se producen como mercancía, y que es, por tanto, inseparable de la producción

(*) Un fetiche es un objeto cualquiera, al que en la ideología religiosa de los pueblos primitivos se atribuye una fuerza sobrenatural.

mercantil. Este carácter de fetiche que presenta el mundo de las mercancías proviene, como el análisis precedente pone de manifiesto, del peculiar carácter social del trabajo productor de mercancías. (Página 51).

...Como los productores sólo establecen entre sí contacto social por medio del intercambio de sus productos de trabajo... las relaciones sociales de sus trabajos privados se presentan como lo que son, no como relaciones sociales inmediatas de las personas en sus propios trabajos, sino como relaciones materiales de las personas y como relaciones sociales de las cosas. (Pg.52). Sus propios movimientos sociales asumen para ellos la forma de movimientos de cosas bajo cuya regencia están, en vez de ser ellos quienes las rijan... La determinación del volumen del valor por el tiempo de trabajo es, por tanto, un secreto oculto bajo los movimientos decisivos de las existencias relativas de mercancías". (Pg. 54).

2. La concepción burguesa del valor.

Ya los primeros economistas burgueses ponen de manifiesto el hecho de que el valor de las mercancías está determinado por el trabajo. Pero ni el más eminente de todos ellos, el inglés Ricardo (1772-1823), consigue explicar los intrincados fenómenos reales y las leyes complejas del régimen capitalista de producción, por no haber sabido ver en el valor su carácter peculiar de forma específica, histórica y transitoria de expresión del trabajo social. Y mal podía verla, considerando, como consideraba, al capitalismo como el régimen de producción adecuado a la naturaleza humana y no como un sistema social históricamente condicionado. Por eso no pudo descubrir tampoco el doble carácter del trabajo materializado en las mercancías. Como economista burgués que era, no acertaba a romper los moldes de la ideología burguesa.

Marx se coloca en el punto de vista de clase del proletariado, de la clase productora y explotada, interesada, no en disfrazar la explotación capitalista, sino en desenmascararla, en poner al desnudo despiadadamente las contradicciones de la sociedad burguesa. Esto le permitía llegar a la verdadera inteligencia del valor, como la expresión más

general y al mismo tiempo la más amplia de las condiciones económicas de la producción de mercancías, con todas las contradicciones a ella inherentes.

Ricardo fué el último economista burgués que se preocupó de investigar científicamente los fundamentos de la producción capitalista. A partir del momento en que la clase obrera revolucionaria pisa la escena histórica, la ciencia social pasa a manos de esta clase, la única que no tiene por qué asustarse ante la verdad científica, y la ciencia económica burguesa se convierte en una ciencia apologética (*), cuya única mira consciente es la justificación del régimen capitalista. La economía burguesa se convierte en una economía vulgar, que sólo quiere ver lo que le conviene, lo que queda en la superficie de la economía; es decir, las formas invertidas y engañosas de los fenómenos.

No tiene, pues, nada de extraño que la economía vulgar se entregue incondicionalmente al más simplista y grosero fetichismo. Y así vemos, por ejemplo, cómo el economista vulgar S. Bailey, en su polémica con Ricardo (1825), escribe: "La riqueza (valor de uso) es una cualidad del hombre, el valor una cualdiad de las mercancías. Un hombre o una colectividad pueden ser ricos; una perla o un diamante son valiosos... Una perla o un diamante tienen valor como perla o como diamante". A esto, observa Marx:

"Hasta hoy, ningún químico ha descubierto en la perla o en el diamante el valor de cambio. Pero los descubridores económicos de esta sustancia química, que pretenden tener gran profundidad crítica de visión, entienden que el valor de uso de las cosas es independiente de sus propiedades materiales, y, en cambio, su valor inherente a ellas como tales cosas". (Capital, t. I, ed. pop. pg. 47).

El fetichismo de la mercancía desempeña un papel importantísimo en la sociedad burguesa, porque sirve para disfrazar las condiciones reales de la producción. El valor de la mercancía no se presenta como relación social, sino como propiedad material de un objeto. Y el capital oculta lo que tiene de régimen de explotación para aparecer inocentemente como una cosa o conjunto de cosas (maquinaria, dinero,

---

(*) Es decir, preocupada tan sólo de defender y justificar el capitalismo.

etc.), que poseen la propiedad de arrojar ganancia. De este modo, la ganancia no puede considerarse ya como producto apropiado del trabajo ajeno, sino como producto natural y orgánico del capital. Por su parte, el salario representa la remuneración íntegra del obrero, y así sucesivamente. Todo aparece invertido, vuelto del revés; no existe explotación: el obrero debe sus ingresos a **su** propiedad, que es la fuerza de trabajo, como el capitalista los suyos a **su** patrimonio, que es el capital.

Se comprende, pues, que la economía burguesa aspire a mantener en pie y afirmar esta ideología fetichista mercantil. Un conocido economista burgués de la segunda mitad del siglo XIX, Bohm-Bawerk, toma por piedra angular de su edificio teórico la tesis de que el valor está determinado por la utilidad de los objetos reconocida por el hombre, es decir, por el valor de uso. Como se ve, este autor no arranca de la producción, sino del "consumo", haciendo que el valor brote de la apreciación que para su uso personal hace el consumidor. Oppenheimer, ese moderno economista burgués alemán, que tanto se jacta de haber "matado" el marxismo, acoge la tesis de su colega y la traslada a su granero como uno de los elementos más importantes de cuantos integran su "teoría".

Todos huyen de la determinación del valor por el trabajo, pues saben que ésta les llevaría irremisiblemente a desenmascarar las **contradicciones** del régimen capitalista de producción y a reconocer el **trabajo** asalariado como fuente única de la ganancia. Un economista burgués adversario de Ricardo delataba ya en 1832, en un "Manual de Economía política", el secreto de por qué la economía burguesa tiene por fuerza que oponerse a que el valor se determine por el trabajo:

"La teoría de que el trabajo constituye la fuente única de la riqueza nos parece una teoría tan funesta como falsa, ya que, desgraciadamente, brinda un asidero a quienes afirman que la propiedad pertenece en su totalidad a las clases trabajadoras y que la parte obtenida por los demás es fruto de un robo o de un hurto contra aquéllas". (Citado por Marx, "Teorías sobre la plusvalía", t. III, pg. 66).

A la burguesía no le conviene la verdad científica de que el valor proviene del trabajo.

3. Cómo tergiversan los "socialistas" la teoría marxista del valor.

Es perfectamente lógico que el reformismo, al proponerse por misión apoyar y alentar indirectamente al régimen capitalista, se desvíe cada vez más conscientemente de la teoría marxista del valor. En su "Introducción a la teoría de la Economía", dos autores de esta tendencia, Erik y Ernesto Nolting, pretenden fundamentar la democracia económica acogiéndose a la teoría de Oppenheimer, a quien más arriba citábamos, sobre el valor y la plusvalía. Y lo mismo hace, aunque no tan descaradamente, el socialdemócrata Alfredo Braunthal, en su tratado socialista "La Economía de los tiempos presente y sus leyes" (1930).

Antes de poner fin a este cuaderno, queremos, a la luz de una breve crítica de las doctrinas de este autor, hacer ver a nuestros lectores, ya desde el primer momento, cómo y por qué la socialdemocracia falsea la teoría marxista del valor y en qué estriba la gran significación revolucionaria de esta teoría.

Según el citado autor,

"el gran progreso que la teoría marxista del valor por el trabajo representa, comparada con todos los demás criterios teóricos de la misma índole que la preceden, consiste en que (Marx) reduce a un criterio cuantitativo la idea general, económicamente estéril por su generalidad, de que el trabajo determina el valor de la mercancía". (Braunthal, ob. cit., pg. 29).

En la misma página este autor afirma que la teoría marxista del valor es una teoría de equilibrio y equivalencia. Ya esta sola interpretación demuestra que, o no ha entendido la teoría de Marx, o la desfigura deliberadamente para "demostrar" su "insuficiencia" y así desertar mejor al campo de la teoría burguesa.

Afirmando que lo más importante de la teoría marxista del valor es el criterio cuantitativo y presentándola como una teoría de equilibrio y equivalencia, los socialdemócratas pretenden echar los cimientos teóricos para la democracia económica. No ver en el valor más que lo cuantitativo (su volumen) y prescindir de lo cualitativo (su contenido social) equivale a negar las contradicciones internas de la produc-

ción de mercancías en general y del régimen capitalista de producción en particular.

En su crítica contra Ricardo, Marx demuestra que la afirmación ricardiana de la imposibilidad de una crisis general de superproducción bajo el capitalismo, su modo de concebir el régimen capitalista como un régimen de producción natural y eterno y su falsa teoría del dinero provenían en última instancia de que enfocaba el valor de cambio como una relación meramente cuantitativa.

"Pero esta falsa idea del dinero en Ricardo estriba en que no ve más que la **determinación cuantitativa** del valor de cambio, es decir, su equivalencia a una determinada cantidad de tiempo de trabajo, pasando por alto la determinación cualitativa, en la cual el trabajo individual debe necesariamente representarse mediante su expropiación como trabajo **social, general, abstracto** (Marx, "Teorías sobre la plusvalía", t. II, 2.ª parte, pg. 279).

Sin embargo, los "socialistas" no quieren ver en el valor más que la parte cuantitativa, lo que tiene de equilibrio, de equivalencia, aspirando con ello a disfrazar la anarquía de la producción inherente al capitalismo, para, de ese modo, poder negarla mejor. Marx, arrancando de las contradicciones de la producción capitalista, nos presenta el valor como forma "invertida" de manifestarse esas contradicciones y demuestra cómo el valor, mediante las oscilaciones de los precios, regula de una manera fortuita, a posteriori, desorganizadamente y con grandes pérdidas, la producción de mercancías. La conclusión que en sus doctrinas se patentiza es que no hay más remedio que abolir estas fundamentales contradicciones del capitalismo. Mas los "socialistas" se esfuerzan ahincadamente por alejar del valor todas las contradicciones, abriendo así vía libre a su negación del carácter explotador del capitalismo y sentando de ese modo una base teórica para su cómodo método, consistente en rebautizar al capitalismo con el nombre de socialismo.

"Es una bonita concepción—dice Marx (Teorías, II, 2 pg. 267)—la de aquellos que para escamotear las contradicciones de la producción capitalista prescinden de la base en que descansa y la convierten en un régimen de producción encaminado al consumo directo de los productores".

Pues bien, esta bonita concepción es hoy la piedra an-

gular de ese "cómodo" método "socialista" con el que se pretende convertir al capitalismo en socialismo y que, como hubo de decir acertadamente Kautsky ya en 1899 descubre "socialismo" en los contratos colectivos de trabajo y hasta en las cloacas y en los urinarios públicos.

Cuánto han progresado los socialdemócratas en la aplicación de estos métodos propios de la economía vulgar nos lo demuestra el siguiente caso. En la Memoria anual de uno de los Bancos más importantes de Alemania, el "Darmstadter und Nationalbank" (véase **Berliner Tageblatt** de 29 de Marzo de 1930), se razona y justifica la campaña de rapiña iniciada por el capital financiero alemán contra la clase obrera con las siguientes palabras, que los banqueros toman de una revista socialdemócrata (los **Sozialistische Monatshefte**, número de Noviembre de 1929):

"El pobre sólo puede alcanzar algún bienestar ahorrando y trabajando, nunca intensificando su consumo de artículos... Y esta observación es en absoluto independiente del régimen económico, aplicable lo mismo a una economía socialista que a una aconomía capitalista. También la sociedad socialista se ve obligada a "reunir capital", es decir, a formar las reservas necesarias para mantener y ampliar la producción. También ante ella se abre el conflicto entre los hombres de hoy, ansiosos de consumir lo más que puedan, y los hombres de mañana, preocupados con ahorrar y con mejorar e incrementar la producción. Tal es también la gran cuestión que hoy se plantea. El socialista debe ver las cosas tal y como son y ponerse al lado del **trabajo para el mañana".**

Están, pues, justificadas teóricamente todas las medidas que se adopten para prolongar la jornada de trabajo y reducir los salarios.

Ya no hay más que pedir. Desde la tergiversación, revisión y abandono de la teoría marxista del valor hasta el suministro de argumentos teóricos para justificar la cruzada pirata del capital financiero contra la clase obrera no había más que un paso. Tal es la senda seguida por los "socialistas" de hoy.

Frente a ella, insistamos con redoblada energía en el estudio de la teoría marxista del valor y penetremos en su carácter revolucionario. Revolucionario, pues nos traza como único camino la abolición de las contradicciones que presi-

den el sistema capitalista y que sólo puede conseguirse por medio de una revolución.

Preguntas de repaso.

1. ¿En qué consiste el fetichismo de la mercancía, cuáles son sus causas y qué papel desempeña?
2. ¿Por qué es antimarxista reducir la teoría del valor formulada por Marx a criterios cuantitativos?

Pregunta de conjunto sobre el tema.

¿Qué es lo verdaderamente importante, en la teoría marxista del valor?

Indicaciones bibliográficas provisionales

(Al final del curso daremos una lista extensa de obras).

La fuente principal de estudio es el tomo primero del **Capital,** publicado por Marx en 1867. Hay, además, una edición popular, dirigida por K. Kautsky (editor, Dietz); es una edición completa, acompañada de la traducción de todos los términos y citas extranjeros y de un índice alfabético).

Una exposición completa del marxismo al alcance de todos, incluyendo, por tanto, las teorías económicas de Marx, es la obra de F. Engels, titulada: **Anti-Dühring** ("La subversión de la ciencia por Herr Eugenio Dühring"). Los tres capítulos más importantes de esta obra han sido recogidos por el propio Engels, en su obra **Del socialismo como utopía al socialismo como ciencia.** En el estudio de Lenin titulado **Carlos Marx,** se encontrará también una exposición clara del marxismo y, principalmente, de su parte económica. Un dato muy importante es que, dos años antes de aparecer su obra maestra, el propio Marx se ocupó de resumir en forma fácilmente accesible sus ideas capitales. Este resumen ha sido editado bajo el título **Salario, precio y ganancia,** y, unido a su opúsculo económico que lleva por título **El trabajo asalariado y el capital,** forma una magnífica introducción a las teorías económicas fundamentales del marxismo. Ultimamente se ha publicado en Alemania una pequeña "Guía para el estudio de las teorías económicas fundamentales de Carlos Marx", de que es autor el conocido marxista Dr. Hermann Duncker (Internationaler Arbeiter-Verlag, 2.ª edición, 1931).

Estas preguntas de repaso serán contestadas siempre en el cuaderno siguiente, y las respuestas servirán al lector de comprobación de las que él propio se haya dado. Quien estudie cuidadosamente estos cursos puede estar seguro de poseer los conocimientos fundamentales de la doctrina marxista y capacitado con ello para las luchas sociales de nuestros días.

Breve bosquejo de nuestro curso sobre la

"Historia del movimiento obrero internacional"

El período revolucionario ascensional porque atraviesa el movimiento internacional obrero, fomenta en grandes sectores del proletariado el interés por el estudio de la historia del movimiento obrero internacional y de la revolución. Nuestro curso pondrá de relieve y caracterizará las etapas fundamentales de la historia del movimiento obrero moderno. Para ello expondremos el movimiento obrero de la época del imperialismo sobre la historia de Inglaterra, Francia, Alemania y Rusia, con especial consideración del desarrollo económico y político de estos países. En relación con ello, iniciaremos también al lector en los hechos más importantes que presenta la historia moderna de estos países, incluyendo a los Estados Unidos y a algunos pueblos de Oriente.

El curso constará de dieciocho capítulos, distribuídos en once cuadernos. Cuatro capítulos se dedicarán a estudiar la época anterior al imperialismo. Estos cuatro capítulos (la gran Revolución francesa, el Cartismo, la Revolución de 1848, la Primera Internacional y la Comuna de París) darán una idea de las revoluciones burguesas y de las primeras etapas del movimiento obrero. Los cuatro capítulos siguientes serán un resumen del desarrollo económico y del movimiento obrero, en Inglaterra, Alemania, Francia y Rusia, hasta la Guerra Mundial. A la Guerra imperialista y al papel de la Segunda Internacional, antes de la guerra y durante ésta, dedicaremos un capítulo especial.

La segunda parte del curso (nueve capítulos) estudiará los movimientos revolucionarios y el movimiento obrero después de la guerra. Seis capítulos se dedicarán a analizar las luchas de clases en el Occidente de Europa, después de la guerra, exponiendo sobre sus enseñanzas la actuación de la Internacional comunista, la historia de sus luchas y su táctica. En un capítulo aparte se tratará de la idealogía y la táctica de la Segunda Internacional y de la Internacional Sindical de Amsterdam. Los dos últimos capítulos serán dedicados a la cuestión colonial: el primero, al movimiento revolucionario chino y el segundo al movimiento revolucionario en la India.

El curso de Historia del movimiento obrero internacional aspira a educar al lector para la aplicación del método dialéctico marxista-leninista a los acontecimientos históricos y ayudarle a enjuiciar los problemas del movimiento obrero internacional de nuestros días.

Los siguientes cuadernos de este curso de "Historia del movimiento obrero internacional" aparecerán cada mes.

BIBLIOTECA CARLOS MARX

DIRIGIDA POR W. ROCES

Las obras maestras del socialismo y los jalones de los grandes movimientos socialistas

LA TEORIA SOCIALISTA Y SU REALIZACION

En esta colección se reunirán, esmeradamente impresos, en traducciones directas e impecables y magníficamente encuadernados, los libros fundamentales de la teoría socialista y su aplicación a los problemas del día, la historia, la doctrina y la polémica de los grandes caudillos del proletariado internacional, la vida y la obra de los grandes pensadores socialistas del campo marxista y de sus adversarios más importantes. La **Biblioteca Carlos Marx** será una colección de obras de consulta indispensables para cuantos quieran capacitarse seriamente, frente a los problemas y las luchas sociales de nuestros días.

VOLUMENES PUBLICADOS:

Lissagaray: **HISTORIA DE LA COMUNA DE PAR**
Un volumen encuadernado de 556 páginas, 25 pesos

Franz Mehring: CARLOS MARX (Historia de su vid
Un volumen encuadernado de 580 páginas, 30 pesos

Imp. "Carnet Social". — Morandé 636, Santiago.